

clark carrados

mañana habrá marcianos

CLARK CARRADOS

Mañana habrá marcianos

Ediciones Toray

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 34.867 -1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba cansado. Había trabajado bastante durante el día y consideraba que era la hora de disfrutar de un bien merecido reposo.

Red Mickar, treinta y un años, soltero, ojos oscuros, pelo negro y metro setenta y siete de estatura, con setenta y cuatro kilos de peso, se preparó un vaso con una buena dosis de escocés y un par de cubitos de hielo. Agarró el paquete de cigarrillos y con el vaso en la otra mano, salió al porche de su casita de campo.

Había bastante luz. La luna estaba en plenilunio y se reflejaba rielando en las aguas del lago cercano, situado a unos mil doscientos metros de distancia y a un nivel inferior en unos cincuenta o sesenta metros.

El aire olía a pino y a flores silvestres. Mickar tomó asiento en el porche, en una cómoda tumbona, y durante unos momentos dejó vagar su mirada por los alrededores.

Le gustaba aquel lugar. Precisamente lo había elegido por lo tranquilo que era y la ausencia de ruidos, Para un escritor como él, un sitio apartado del bullicio era lo ideal.

Lo malo era que nunca le pasaba nada. Su vida era bastante monótona..., aunque tampoco se quejaba. Mickar era soltero y recelaba bastante de las mujeres.

Años atrás había tenido un fracaso sentimental. A veces pensaba que no se había recuperado del todo.

¿Casarse? Era bonito, pero, por el momento, se sentía mejor soltero.

Tomó un sorbo de escocés. Inspiró profundamente. La calma que

reinaba en aquel lugar era algo maravilloso.

La antigua carretera que conducía a las residencias y chalets del contorno aparecía ahora casi completamente cubierta por las hierbas. El aeromóvil se había popularizado y los vehículos con ruedas no se utilizan sino en circunstancias extraordinarias. El gran público, por supuesto, los había abandonado.

El silencio era completo. Tan sólo se oía el susurro del viento al pasar por las hojas de los árboles. Mickar sintió que la cargazón de su cerebro, fatigado después de largas horas de trabajo, desaparecía rápidamente.

De repente oyó pasos cercanos.

Alguien llegaba a la casa con gran apresuramiento. ¿Quién podía ser?, se preguntó.

Sus vecinos más próximos, los Ormon, vivían a unos trescientos metros, y ninguno de los dos componentes del matrimonio, personas más bien provectas, era capaz de correr tan aprisa.

Ella apareció de pronto ante sus ojos, muy alterada, sofocada, con los senos agitados por una rápida respiración debido al esfuerzo físico que acababa de reaparecer.

—¡Sálveme! —rogó casi a gritos—. ¡Me persiguen! ¡Escóndame, se lo ruego, señor!

Mickar se quedó perplejo en su asiento, mientras contemplaba a la joven con ojos de pasmo.

—¡Vamos —dijo ella—, no se quede ahí parado! ¡Ellos pueden llegar de un momento a otro y sería horrible que me pusieran la mano encima!

—Yo diría que habría de resultar muy agradable, señorita —contestó Mickar zumbonamente.

—¡Grosero! —le apostrofó la joven—. ¿Dónde me escondo, por favor?

Mickar se puso en pie.

—Si se trata de una broma...

—¡Ojalá fuese una broma! —dijo la chica furiosamente—. Ellos carecen del sentido del humor.

—Y... ¿quiénes son ellos, si se puede saber?

La chica echó a correr de pronto y se metió en la casa, pasando por delante del estupefacto Mickar. Éste reaccionó de pronto y se lanzó tras ella.

Encendió las luces de la sala. La chica estaba parada en el centro, mirando a todas partes en busca de un escondite.

—¡Eh, oiga...!

Ella se volvió. Mickar pudo entonces contemplarla a su sabor.

Era alta, tanto como él, aunque ello se debía a las botas de medio tacón que empleaba y que aumentaban su estatura en unos seis centímetros. Era delgada y muy esbelta, con curvas y entrantes netamente femeninos.

El pelo era literalmente dorado, corto, a lo paje, y los ojos parecían tener pupilas irisadas, de color cambiante según reflectaban la luz. Pero lo más extraño de todo era la indumentaria.

La desconocida se tocaba con una especie de bonete ligeramente puntiagudo, con una plumita en el lado izquierdo. Llevaba una blusa blanca y encima de ésta una especie de jubón de color verde, muy corto, ceñido por un anchísimo cinturón negro, con una descomunal hebilla de cuero. El cinturón tenía al menos un centímetro de grosor.

La indumentaria de la hermosa muchacha se completaba con unos pantaloncitos sumamente cortos, que dejaban ver unas piernas preciosas. Las botas, de cordones, verdes también, llegaban casi hasta el final de las pantorrillas.

—¿Tiene sótano esta casa? —preguntó.

—No... Pero, en primer lugar, ¿quién es usted? Mi nombre es Mickar, Red Mickar, y soy escritor.

—Puede llamarme Lysica —dijo ella—. Para usted es suficiente, Red. ¿Dónde le parece que podría esconderme con más garantías?

—¿Quién la persigue a usted?

—Ellos, los Hüuthis.

Mickar puso una cara de idiota imponente.

—¿Los... Hüuthis? —repitió.

—Sí, los enemigos de nosotros, los Sbarrygls. Yo soy una Sbarrygl, ¿sabe?

La expresión de imbecilidad de Mickar no había cambiado.

—¿Hüuthis...? ¿Sbarrygl...? Oh, sí, sí, claro, que sí, Lysica, los Hüuthis son muy malos. Espere, que voy a llamar a unos amigos míos para que vengan a protegerla. ¿Quiere tomar una copa, mientras tanto?

—Gracias, pero en mi planeta no se emplea el alcohol salvo

como medicamento.

—Así se comprende que la raza proporcione unos ejemplares tan perfectos —comentó él apreciativamente. Lástima, pensó; tan joven y más loca que un rebaño de cabras.

Se acercó al visófono y pidió información primero. Luego, cuando le hubieron facilitado el número deseado, lo marcó y esperó unos instantes.

Al fin, se estableció la comunicación.

—¿El manicomio? —dijo Mickar—. Escuche, tengo aquí a una dama que no parece estar muy bien de la cab...

La mano de Lysica se apoyó súbitamente sobre el botón de contacto, cortando la comunicación.

Sus ojos brillaban airadamente.

—De modo que se cree que estoy loca —dijo.

Mickar empezaba a rehacerse.

—Pues bien, si quiere que le diga la verdad, sí, lo pienso así. Está como una regadera: lleno de agujeros su cerebro...

¡Plaf!

La bofetada sonó como un trallazo. Mickar se llevó la mano a la mejilla izquierda.

—¡Vaya manita! —comentó, atónito.

—Yo creí que los terrestres eran otra cosa. Me he equivocado —dijo Lysica furiosamente—. Adiós, señor Mickar.

Giró sobre sus talones y se encaminó vivamente hacia la puerta.

* * *

Mickar lanzó un grito.

—¡Espere!

En medio de todo, qué diablos, la chica le gustaba. Y podía no estar loca, pero parecía sincera cuando decía que era perseguida.

Lysica se detuvo.

—¿Qué quiere usted ahora? —preguntó secamente.

—Hombre... Deme más detalles... Quiénes la persiguen, por qué la persiguen... Y, sobre todo, de dónde viene usted.

Ella giró en redondo.

—Si se lo dijera, no me creería, Red —contestó.

—¿Marciana?

—¡Marciana! —resopló la chica—. Ustedes, los terrestres, tienen demasiado afición a los tópicos. Para ustedes, todo el que no ha nacido aquí, ha de ser marciano forzosamente. Si tienen la piel tostada, negro; si su piel es ligeramente pálida y amarillenta, chino. No saben salir de sus encasillamientos...

—Dejémonos ahora de problemas raciales —refunfuñó Mickar —. Yo he dicho marciana como podía haber dicho selenita o jupiteriana. Las fantasías de los escritores siempre se encaminaron a descripciones de la vida inteligente en Marte y por eso ha quedado el tópico.

—Yo no soy marciana. En Marte no hay vida, es sabido desde hace miles de años.

—Entonces, ¿de dónde es usted?

—Mi planeta se llama Kéeg y está a treinta y cuatro años luz de distancia de la Tierra.

—¡Je! —dijo Mickar—. Y, seguro, ha venido usted en una nave capaz de volar a mil veces la velocidad de la luz, ¿no es así?

—Puede alcanzar, incluso, una velocidad cuádruple. Todo depende de la distancia a recorrer —contestó Lysica sin inmutarse.

—Maravilloso —dijo el joven, fingiendo admiración—. Y, dígame, ¿por qué la persiguen a usted?

—Pues eso es lo raro, que no lo sé. Me persiguen, eso es todo; y si me ponen la mano encima... Bueno —se ruborizó la muchacha—, si me alcanzan, me...

Se pasó el dedo gráficamente por la garganta.

—¿No lo expresan ustedes así? —preguntó.

—¿Quiere decir que le rebanarán el pescuezo, si la encuentran?

—Continúa el tópico —suspiró Lysica—. Me matarán, simplemente.

—Bueno, si quiere que llamemos a la policía...

—No hace falta. Ya he podido darme cuenta de que en esta casa no puedo encontrar refugio. Gracias de todas formas. Red.

—¿Se marcha usted?

—Claro, no voy a quedarme aquí esperando a que los Hüuthis vengan a liquidarme.

—¡Oiga, yo tengo un amigo en cuya casa usted podría...!

Lysica meneó la cabeza.

—Ya no hace falta —contestó.

Dio dos pasos hacia la puerta y se detuvo. Mickar la vio en actitud de escuchar algo con gran atención.

—Sí, creo que me han localizado —dijo Lysica al cabo—. Adiós, Red; ha sido un placer.

La chica corrió hacia la puerta, atravesó el umbral y desapareció en la oscuridad.

Mickar se lanzó tras ella. Alcanzó el porche.

Una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

¡Lysica había desaparecido!

Estuvo unos momentos perplejo. Luego lanzó un bufido:

—¡Marciana, extraterrestre, bah! —rezongó—. Está como una cabra. Lástima, porque es muy guapa..., pero incluso las guapas pueden sufrir manía persecutoria.

El incidente le había alterado un poco. Mickar pensó que lo mejor era meterse en la cama. Al día siguiente, tenía que madrugar para ir a la capital a visitar a su editor.

Fue al baño y se lavó los dientes. Luego se puso el pijama.

Ahogando un bostezo, entró en el dormitorio. Pensaba en Lysica. ¡Vaya un nombre raro!, se dijo. Si pudiera encontrarla de nuevo, la llevaría a un psiquíatra amigo suyo, de excelente reputación. Tal vez así Lysica podría curar de sus manías...

Estiró los brazos voluptuosamente. Luego, en la misma posición, se dejó caer hacia atrás, hacia el mullido colchón que le iba a proporcionar una noche de sueño apacible y reposado.

Red Mickar se pegó la gran costalada. En lugar de caer en la cama, cayó al suelo.

CAPÍTULO II

—¡Rayos! ¡Mil rayos! —dijo Mickar al sentir el golpe—. ¿Quién diablos me ha dejado sin cama...? ¿Y la luz?

El dormitorio estaba a oscuras. Mickar sabía que no había tocado todavía el interruptor de la lámpara de cabecera.

Tanteó el suelo. Era absolutamente liso y estaba frío, desde luego. Sin embargo, no parecía de cemento.

Hizo un esfuerzo y se sentó. De pronto, recordó que se había puesto el tabaco y las cerillas en los bolsillos de la chaqueta del pijama.

—Encenderé un fósforo —se dijo.

Y tanteó para buscar la caja de cerillas.

Pero en lugar de tocar tela, tocó carne.

Su propia carne.

Se palpó con ambas manos.

—¡Mi pijama! —exclamó.

Bajó la vista y se contempló en la oscuridad. Entonces, aterrado, se dio cuenta de una cosa.

—¡Estoy en traje de Adán!

Mickar se puso en pie de un salto.

Levantó la vista. ¿Dónde estaba el techo de su dormitorio?

¿Y las paredes? ¿Y el resto del mobiliario?

Tanteó con las manos, como si estuviera ciego. Pero no, veía perfectamente.

Veía los árboles, el lago, la luna, las estrellas..., pero no veía su casa.

El edificio había desaparecido por completo, con cuanto contenía, en su interior.

Techo, paredes, ventanas, puertas, muebles, cuadros, libros, vajilla… todo, todo había desaparecido.

Levantó la muñeca izquierda. Quería saber la hora que era.

—¡Mi reloj! —gimió—. También se ha esfumado…

De pronto pensó que estaba siendo víctima de una pesadilla y que pronto despertaría en su cama.

—Claro, estoy soñando —se dijo.

Cerró los ojos, juntó las manos y las puso junto a la mejilla izquierda, como si estuviera durmiendo. Luego inició una vuelta sobre sí mismo, igual que habría hecho en la cama para buscar durante el sueño una posición más cómoda.

¡*Pam*! Cayó, cayó al suelo y se llevó el segundo y gran batacazo.

Abrió los ojos de nuevo. Por encima de él, sólo tenía las estrellas como techo.

Tanteó el suelo con las manos. Le entraron ganas de echarse a llorar.

—Estoy despierto, he perdido mi casa y me he quedado con menos ropa que Adán —se dijo.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

No, no había pesadilla, sino realidad, cruda y amarga realidad.

Todo había desaparecido. Él era lo único que quedaba de cuanto había en la casa.

Pero, ¿qué era lo que había provocado aquel extraño fenómeno?

De repente empezó a sospechar una cosa.

—Esto es obra de los enemigos de Lysica.

¡Absurdo! ¿También él iba a dar crédito a aquella historia de «marcianos»?

Mickar era escritor. Algunas veces había escrito cuentos de ciencia ficción, con argumentos sobre mundos paralelos, pero distintos. ¿Había pasado él de algún modo y sin saberlo a una Tierra paralela?

Esa Tierra paralela sería igual a su original, con todos los accidentes geográficos —mares, montañas, valles, ríos, hielos polares—, repetidos puntualmente. Naturalmente, sus habitantes, incluso los no inteligentes, serían distintos.

O estaría deshabitada.

La idea le puso los pelos de punta.

—¿Yo, el único habitante de esa Tierra paralela? —exclamó

gemebundamente.

De pronto, le pareció ver a lo lejos una chispita de luz que oscilaba con regulares intermitencias.

—La luz de posición ventral de un aeromóvil —exclamó.

Segundos más tarde, divisó otras dos luces: las laterales, roja y verde y también intermitentes. Los visores infrarrojos permitían el desplazamiento del vehículo en la oscuridad sin necesidad de iluminación adicional.

—Bueno, puesto estoy en mi propia Tierra —se dijo, algo más aliviado.

De pronto, adivinó la identidad de los ocupantes del aeromóvil.

—¡Son los Ormon! ¡Seguramente, vuelven de alguna función de teatro!

A los Ormon les gustaba el teatro al natural, como en las épocas antiguas, nada de representaciones televisadas. Eran un matrimonio de ideas anticuadas, pero buenas personas.

El camino pasaba a cincuenta metros de su casa. Pisando de puntillas, para no herirse las plantas de los pies, Mickar caminó cuidosamente hasta situarse tras unos arbustos al borde de la vieja carretera.

El aeromóvil estaba a punto de llegar. Mickar sacó un brazo y lo agitó con fuerza.

—¡Eh! —gritó—. ¡Señor Ormon! ¡Señor Ormon!

Sabía que su vecino era hombre moderado pilotando el aeromóvil y que no volaba nunca a grandes velocidades. Además, hacía una noche excelente y tendría, por lo menos, una ventanilla abierta.

—¡Señor Ormon! —gritó de nuevo.

El aeromóvil se detuvo a pocos pasos del arbusto y a un par de metros del suelo, sustentado por sus propulsores antigravitatorios.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó el piloto, sacando medio cuerpo por la ventanilla.

—Señor Ormon, soy su vecino, Red Mickar —exclamó el joven —. Me ha sucedido algo increíble, horroroso. Unos marcianos han destruido mi casa y me han dejado desnudo…

Sonó un chillido de espanto.

—¡¡*Philip*!! —gritó la señora Ormon—. ¡Vámonos de aquí inmediatamente! ¡Esas palabras ofenden gravemente mi pudor!

—Pero si es verdad —gimió Mickar—. Estoy sin ropa... Necesito que me ayuden...

—Lo que necesita usted es un mes de calabozo —le apostrofó coléricamente el piloto—. Grosero, sinvergüenza... Ofender gravemente a mi esposa... Eso es algo que no le perdonaré nunca, señor Mickar. Y, es más, le diré aún una cosa: ahora mismo voy a presentar una denuncia a la policía contra usted por actos inmorales.

—¡Sinvergüenza! ¡Canalla! —añadió la señora Ormon a voz en cuello—. ¡Beodo! ¡Sátiro! —Tomó aliento y ya, como resumen y condensación de todos los apostrofes anteriores, le lanzó el definitivo —: ¡Escritor!

El aeromóvil arrancó de nuevo. Como se movía en silencio, Mickar pudo oír claramente la voz de Philip Ormon:

—Pues naturalmente que sí, querida; ahora mismo, en cuanto llegue, llamaré a la policía y...

Mickar giró sobre sus talones.

¿Adonde ir, si no tenía casa?, se preguntó.

Bueno, en medio de todo, Ormon le iba a hacer un favor.

Llamaría a la policía. Acudirían los agentes de la patrulla nocturna. Él les explicaría el caso y...

Las piedrecitas del suelo le hacían daño en las plantas de los pies. Pisando con todo cuidado, emitiendo un gruñido de cuando en cuando, trató de alcanzar el antiguo emplazamiento de su casa.

Allí esperaría la llegada de los policías.

Una nube ocultó de repente la luna. Las tinieblas se hicieron densas, impenetrables.

A pesar de todo, Mickar continuó su avance. De pronto, se dio un golpe tremendo en la cara con un obstáculo recio y sólido.

—¡Maldito árbol! —gruñó.

Se ladeó un poco y quiso seguir avanzado de nuevo. Otra vez se pegó el gran golpe contra el mismo obstáculo.

—Pero ¿qué diablos...?

Procuró armarse de paciencia.

—Bueno, vamos a ver si me alumbro el camino —murmuró.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta del pijama, sacó la caja de fósforos y se dispuso a encender uno de ellos.

De repente, se puso a temblar.

—¡Estoy vestido! ¡Y mi casa ha vuelto de nuevo! —gritó.

* * *

Era confortable hallarse de nuevo bajo techado. Tanto si había sido una pesadilla como si se había tratado de la realidad, Mickar juzgó oportuno tomarse una buena copa.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Será Lysica? —se dijo esperanzadamente.

Dejó a un lado la botella y la copa, sin tocar siquiera el licor, y corrió a ponerse una bata sobre el pijama. Luego, cruzó la sala y abrió.

Ocultó su decepción. No era Lysica.

Había dos hombres uniformados en el porche. Uno de ellos se llevó la mano al casco.

—¿Señor Mickar?

—Yo mismo, agente...

—Soy el cabo Reese, señor —se presentó el policía—. Hemos recibido una denuncia de su vecino, el señor Ormon, quien le acusa de pasearse sin ropas por los alrededores. El señor Ormon le acusa también de embriaguez y de decir disparates como que su casa había sido destruida por los marcianos...

Mickar sonrió.

—Yo, borracho y paseándome desnudo por el campo. Y mi casa destruida por los marcianos. ¿Es ésta una casa destruida por los marcianos? ¿Tengo aspecto de estar beodo? ¿Ofrezco la apariencia de una persona a la cual le agrade pasearse en traje de Adán por los campos? ¿Me huele el aliento a alcohol?

Los policías intercambiaron una mirada.

—Interrogaremos al señor Ormon —dijo el cabo Reese.

Mickar alzó una mano.

—Oh, no, por favor, cabo —rogó—. Déjelo en paz. Me basta con que ustedes hayan apreciado lo infundado de esa denuncia. Ahora bien, si el señor Ormon persistiera en molestarme...

—En tal caso, haga el favor de avisarnos, señor Mickar —contestó el jefe de la patrulla—. Lamentamos haberle molestado, pero crea que únicamente cumplimos con nuestro deber...

—Y con todo celo, por supuesto. ¿Puedo serles útil en algo más?

¿Me permiten invitarles a una taza de café?

El cabo Reese se llevó la mano al casco.

—Muchas gracias, señor Mickar; debemos continuar nuestra patrulla. Ahora informaremos al jefe de noche que todo ha sido...

—Una pesadilla del señor Ormon, motivada por un exceso de grasa en la cena —dijo Mickar divertidamente.

Los dos policías rieron. Saludaron de nuevo y se encaminaron hacia el aeromóvil de patrulla que estaba posado a pocos metros de distancia.

Instantes después, Mickar se apoyaba en la puerta y lanzaba un sonoro «¡*Uf*!» de alivio.

Estuvo así un momento.

Después empezó a tocar los muebles, las cortinas, los cuadros...

—Mi casa, ha vuelto mi casa. ¿Adonde te fuiste, preciosa?

De pronto, reparó en la botella.

—Me debo un trago —dijo.

Se acercó al aparador y cogió la botella, inclinándose sobre la copa.

Pero el licor no cayó.

¡*Ding-dong*!

Sonó la campanilla de llamada. Mickar se quedó inmóvil, con la botella en una mano y la copa en otra.

—¡Esta vez sí es Lysica! —exclamó.

Soltó lo que tenía entre las manos y corrió hacia la puerta. La abrió y...

Un gesto de decepción se dibujó en su cara al ver a dos hombres en el umbral. No eran policías de la patrulla nocturna, desde luego.

Los ropajes de ambos individuos eran casi análogos a los de Lysica, salvo en el color, que era anaranjado. Parecían jóvenes y fuertes, y tenían la epidermis fuertemente tostada.

—Hola —dijo uno de ellos.

Mickar se los quedó mirando durante unos instantes. Luego, de repente, chasqueó los dedos.

—¡Ustedes son los Hüuthis! —exclamó.

CAPÍTULO III

—En efecto —reconoció uno de los extraños—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Perspicaz que es uno —dijo Mickar, pavoneándose—. ¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Usted es el dueño de esta casa —habló el primero.

—Sí, en efecto. Mi nombré es...

—Lo sabemos, señor Mickar. Yo soy Amin. Mi compañero se llama Lfad.

—Tanto gusto, caballeros. ¿Y...?

—Hace un rato, ocurrió un desgraciado incidente —manifestó Amin—. Crea que nos sentimos desolados por el error padecido. Hemos venido a presentarle nuestras excusas y a rogarle nos indique la indemnización que desea percibir por los daños que le hemos causado.

—Cualquier suma que pida, le será abonada en el acto —declaró Lfad, sacando un talonario de cheques.

—Muchas gracias, pero no necesito dinero —contestó Mickar—. Ustedes me han dejado la casa como estaba antes. ¿Quieren tomar algo?

—Es usted muy gentil —dijo Amin—. Una vez más, le rogamos mil perdones. Ahora, permita que nos retiremos...

—¡Un momento!

Amin fijó la vista en el joven.

—¿Señor Mickar?

—Ustedes son Hüuthis —dijo Mickar—. Enemigos de los Sbarrygls.

—Sí, lo somos —admitió Amin.

—¿Por qué esa enemistad?

—Permítame que nos reservemos los motivos, señor Mickar. Es... digamos un asunto personal entre ellos y nosotros.

—Tan personal, que quisieron matar a Lysica.

Hubo una pausa de silencio.

—Es usted muy listo —dijo Liad al cabo.

—Pero no es rigurosamente cierto... —añadió Amin.

—¿Querían matarla, sí o no? —exclamó el joven con impaciencia.

Amin se inclinó.

—Tendrá que permitirnos el silencio acerca de esa pregunta, señor Mickar. Gracias por todo.

—Buenas noches —añadió Lfad.

Los dos Hüuthis giraron sobre sus talones y se alejaron por el sendero central del jardincillo que rodeaba a la casa. Mickar quedó en la puerta, contemplándolos fijamente.

De súbito, Amin y Lfad desaparecieron.

Mickar parpadeó. Había sido una desaparición repentina, sin gradaciones en el desvanecimiento de la imagen. Una décima de segundo antes estaban allí, a veinte metros de él, y en el acto se habían esfumado.

El joven se pasó una mano por la cara.

—¿Será cierto que son marcianos? —murmuró.

Se encogió de hombros. Marcianos o de donde fueran.

Pero ya empezaba a convencerse de que no eran terrestres.

Una cosa había segura para Mickar: tenía que callar.

Debía guardar silencio sobre las increíbles aventuras que había corrido aquella noche. ¿Quién le iba a creer?

El primer ejemplo lo tenía en los Ormon. Aparte de calificarle de inmoral —con justicia, pero a la tuerza—, le había llamado borracho. Los policías se habían reído de aquella denuncia.

—Y, la verdad, no tengo ganas de parar en un manicomio.

Se acercó al aparador. Esta vez sí pudo servirse y tomar la copa, acto interrumpido en dos ocasiones casi sucesivas.

Meneó la cabeza. Unos «marcianos» ricos. Incluso disponían de cuenta corriente en un banco. Había visto claramente que estaban dispuestos a pagar cuanto pidiera.

¿Iban ataviados de aquella manera al banco cuando necesitaban

dinero?

—¿Y qué? Hoy día, se ve cada traje por ahí...

Suspiró.

—A ver si ahora puedo echarme a dormir —masculló.

En el dormitorio, se quitó el batín, que lanzó a un lado. Luego bostezó y estiró los brazos.

—Espero acostarme en mi cama —dijo, lanzándole a ella de un salto.

¡*Plaf*!

La cama desapareció y Mickar se encontró acostado en pleno suelo.

* * *

Mickar se lo tomó esta vez con filosofía. Tendido en aquel extraño pavimento, completamente liso, apoyada la cabeza en una mano, hizo tamborilear los dedos sobre el suelo.

—Menuda juerga se están corriendo a cuenta mía —dijo resignadamente.

De repente, se le ocurrió una idea.

Lysica no debía de hallarse muy lejos de allí, de lo contrario no se comprendía la segunda e igualmente súbita desaparición de su casa.

—Aquí, en la Tierra, cuando había guerras, las naciones empleaban armas aproximadamente iguales —fue el razonamiento que se hizo—. La victoria dependía de otros factores: número de soldados, habilidad de los generales, valor...

Pero, en sustancia, las armas eran muy parecidas, si no iguales. Por tanto, Lysica estaba equipada de la misma manera que los Hüuthis.

Y, seguramente, desde su estado de invisibilidad, contemplaba el resultado de su obra.

—¡Lysica! —Grito de pronto.

Esperó unos momentos. Volvió a gritar:

—¡Lysica! ¡Soy yo, Red! ¡Los Hüuthis se han marchado! ¡Su ataque ha fallado! ¡Devuélvame mi casa! ¿Me oye, Lysica?

El suelo estaba frío. Mickar empezó a temer por las consecuencias de un contacto demasiado prolongado con aquel

pavimento tan parecido al cemento.

Levantó la cabeza primero para incorporarse. Entonces, recibió un fuerte golpe.

—¡Ay! —gritó, sin poder contenerse.

Asombrado, elevó la mano. ¿Qué le había golpeado en la cabeza?

Era su cama.

—Lysica me ha oído —exclamó, jubilosamente, mientras pasaba las yemas de los dedos por el «parquet» de su dormitorio—. Claro, al rehacerse la casa, yo he aparecido en el suelo, debajo de la cama, no encima.

Se arrastró hasta tener espacio suficiente para incorporarse. Entonces, cuando estuvo en pie, encendió la luz.

Una voz sonó de pronto en la sala.

—¡Red! ¡Red! ¿Está usted bien?

—Espere un momento, Lysica; salgo ahora mismo —contestó Mickar, sumamente alborozado por el regreso de la joven.

Lysica estaba en la sala. Mickar apareció, atándose todavía el cinturón de su bata.

—Gracias por reconstruirme la casa —dijo.

—Me siento avergonzada —contestó ella—. Pensar que pude haberle causado un daño grave...

—No pasó de una costalada —sonrió él—. ¿Me oyó usted?

—Sí. ¿Es cierto que se han ido los Hüuthis?

—En efecto. Ellos hicieron desaparecer mi casa primero, pero luego se dieron cuenta de su error y, me la reconstruyeron. Naturalmente, no puedo decirle adonde se fueron; se mostraron muy reservados al respecto.

Lysica se mordió los labios.

— Siguen buscándome —dijo, sentándose en un cómodo butacón.

—Pero ¿por qué? ¿Tan mal la quieren?

—Yo soy una Sbarrygl. Ellos son Hüuthis.

—Claro, razas distintas...

—Sólo por el lugar de nacimiento. En lo demás, somos exactamente iguales a ustedes.

—¿Y el lugar de nacimiento condiciona la enemistad? ¿No han logrado superar todavía este complejo, ustedes, tan adelantados que

dicen ser?

—Y lo somos, pero también somos humanos, con todos los defectos que esto acarrea —contestó Lysica.

Mickar llenó una copa.

—Veamos —dijo—. Ustedes y los Hüuthis son enemigos... de nacimiento. No lo dudo, ¿pero qué hay en la Tierra que tanto atrae su interés?

—No es en la Tierra, sino en... —Lysica se mordió los labios—. Perdone, pero no puedo decirlo todavía. —De pronto, hizo unos movimientos raros con el torso—. Me pica la espalda —dijo, algo molesta.

—Si no temiera ser descortés, le ofrecería mis servicios para rascársela —dijo Mickar, muy serio—. De modo que el motivo de su disputa no está en la Tierra.

—No —contestó Lysica tajantemente—. Perdone, pero no puedo decírselo.

—Bueno, mientras no nos organicen un conflicto que haga saltar el planeta en pedazos... ¿Cree que yo puedo ayudarla, Lysica?

—A eso he venido, Red. Oiga, Red es «Rojo»..., pero usted tiene el pelo negro. ¿Acaso se trata de un apodo?

Mickar torció el gesto.

—Es una abreviatura de mi nombre... y no me gusta decirlo completo. También yo tengo derecho a mis secretitos, ¿no?

Lysica enrojeció al comprender la alusión.

—Lo siento, Red —murmuró.

De nuevo se rascó la espalda contra el respaldo del sillón.

—¿No tiene algo de comer? —preguntó repentinamente.

—Venga a la cocina y elija usted misma en el frigorífico. Oiga, siendo marciana, comerá píldoras, pastillas y cosas así.

—Me pirro por las comidas terrestres —dijo Lysica de buen humor.

Mickar la guió hasta la cocina. Mientras ella se preparaba unos bocadillos, él, apoyado en el refrigerador, la contemplaba atentamente.

—De modo que ha venido a pedirme ayuda —dijo al cabo de unos momentos.

—Sí, Red —contestó ella, mientras embadurnaba de mantequilla una rebanada de pan.

—Y... ¿en qué va a consistir mi ayuda?

—Necesito dinero.

Mickar respingó.

—Lysica, no soy un millonario. Puedo prestarle unos cientos de dólares...

—No necesito su préstamo, gracias. Yo tengo una cuenta corriente aquí, en un banco..., pero no sé cómo se realizan esas operaciones. Además, la suma que necesito asciende a unos cinco mil dólares.

—Un buen pico, sí, señor. ¿Puedo saber para qué quiere tanto dinero?

—Tengo estropeada mi nave espacial. Sin ella, no puedo regresar a Kéeg.

—Su planeta, ¿eh?

—En efecto. La nave sufrió algunos desperfectos y me vi obligada a descender en la Tierra.

—Esos desperfectos, ¿fueron causados por los Hüuthis?

—No creo. Tal vez yo no soy un buen piloto... o la nave adolecía ya de defectos de construcción. Pero en el estado actual, sólo sirve para vuelos interplanetarios.

—Y Kéeg está a treinta y cuatro años luz.

—Sí. Yo tengo que volver allí cuanto antes, Red.

—¿Órdenes especiales?

—En efecto. Y debo cumplirlas por encima de todo —manifestó Lysica.

—Pero Amin y Lfad la acosan...

Lysica se sorprendió.

—¿Conoce sus nombres? —preguntó.

—Al menos, ésos son los que ellos me dijeron.

—Pues ya sabe más que yo —dijo la chica—. Hasta ahora, sabía que me perseguían irnos Hüuthis, pero ignoraba no sólo quiénes eran sino también su identidad. ¿Le dijeron su cifra?

—¿Cifra? —repitió Mickar, atónito.

—Sí, es lo que nosotros usamos como apellido. Y también en Samaroo.

—¿Qué es Samaroo? —preguntó Mickar, estupefacto.

—El planeta de los Hüuthis, Red. ¿No conoce las cifras de esos dos Hüuthis?

—No, sólo sus nombres.

Lysica lanzó un hondo suspiro.

—Qué mala suerte. Podría haber enviado un mensaje, a fin de que me dieran más datos de ellos... En fin, me arreglaré como pueda. Red, ¿cuándo le parece que podré ir al banco?

—A partir de las nueve de la mañana, pero no con esos ropajes.

—¿Qué tienen de malo? —exclamó ella, asombrada.

—Usted ha venido a pedirme ayuda a mí —dijo Mickar.

—Sí, claro.

—Y... ¿no cree que Amin y Lfad han podido hacer lo mismo con otros terrestres? Tienen dinero en abundancia y eso permite comprar muchas voluntades.

—Desde luego, pero no entiendo lo que trata de decirme.

—Sencillamente, que si Amin y Lfad se han buscado auxiliares terrestres, esas ropas la delatarán en el acto, para los que estén al tanto de su aspecto personal, claro.

Lysica se mordió los labios.

—Es cierto —dijo al cabo—. ¿Qué me aconseja usted, Red?

—Muy sencillo. Cambiarse de ropas.

—Pero aquí no tengo...

—¿Quiere que yo me ocupe de esta parte del problema? —preguntó él, sonriendo.

Lysica sonrió también.

—Me parece que he acertado al venir a pedirle ayuda —declaró.

CAPÍTULO IV

Red Mickar redujo la marcha de su aeromóvil y el aparato se posó suavemente en el patio posterior de la casa. Abrió la portezuela, saltó al suelo y luego alargó los brazos para recoger los paquetes que traía en el asiento posterior.

Cargado con una pirámide de bultos, envueltos en vistosos papeles, dio la vuelta y se acercó a la puerta, haciendo mil equilibrios para evitar que se le deshiciera la carga. Al fin pudo tocar el timbre.

Lysica abrió a los pocos momentos. Una viva sonrisa de complacencia apareció en sus labios.

—¡Red! ¡Qué alegría verle de nuevo!

—Ayúdeme, por favor —pidió él.

Ella tomó algunos de los paquetes.

—¿Cree que necesitaré tanta ropa? —preguntó.

—Podrá elegir para las ocasiones —repuso él.

—Pero yo sólo necesitaba un vestido sencillo...

—¿Tiene dinero, sí o no?

—Desde luego, pero...

—Vamos, deseche sus escrúpulos. ¿Es que en Kéeg no hay tiendas?

Lysica le miró tristemente.

—Es un planeta muy distinto de éste —contestó—. Vivimos bien, no nos falta de nada...

—Pero reina la monotonía.

—En comparación con la Tierra, desde luego. Esto es allí completamente desconocido.

—Todos visten de la misma manera, ¿eh?

—Las diferencias son muy escasas, Red.

Mickar meneó la cabeza.

—De todas formas, bonita o fea, cada cual ama a la tierra donde vio la luz por primera vez. Ande, llévese todo al dormitorio y elija el vestido que se va a poner para ir al banco. ¿Qué hará con ese cinturón, Lysica?

—Tendré que llevarlo oculto. Red. No puedo abandonarlo por nada del mundo.

El joven hizo un signo de asentimiento.

Aquel cinturón, pensó, debía de ser un arma muy poderosa.

Tan poderosa como para hacer desaparecer su casa en un santiamén y reconstruirla con no menor instantaneidad.

Ayudó a la muchacha a llevar los paquetes. Antes de dejarla sola, le hizo una pregunta:

—Lysica, ese artefacto... me refiero al que usted empleó para hacer volar mi casa, ¿cómo es que a mí no me produjo ningún daño?

—Sólo actúa sobre las materias inertes, aunque sean orgánicas, pero no vivientes. Por eso usted no sufrió los efectos del aparato de traslación instantánea.

—Comprendo. Oiga, ¿qué hubiera pasado si usted se hubiese encontrado en casa en aquellos momentos?

Lysica se ruborizó violentamente.

—Habría perdido... todo cuanto llevaba sobre mí.

Desarmada, no hubiera podido oponer resistencia a los Hüuthis.

—Ahora lo entiendo bien —sonrió Mickar—. De acuerdo, la dejo sola para que elija el vestido que más le agrade por el momento.

—Gracias, Red.

* * *

Mickar entretuvo la espera con la ayuda de una taza de café y un par de cigarrillos. Al cabo de media hora, apareció la muchacha.

Su transformación era casi absoluta. Ahora vestía un traje de color rosa, con hombreras muy delgadas y el talle sumamente alto. El estilo recordaba el de as vestidos de la época Imperio.

—He escogido éste, porque así puedo llevar el cinturón oculto, sin que se advierta —explicó ella—. Los zapatos me resultan un

tanto incómodos...

—Le falta un bolso —advirtió Mickar—. Compré tres; escoja el más adecuado.

—Sí, Red, creo que tiene usted razón. Ah, tiene que decirme cuánto se ha gastado, para devolverle...

—Ya me lo dirá en el banco —atajó él—. Vamos, dese prisa o no llegaremos a tiempo de encontrar la caja abierta.

—Ahora mismo, Red.

Lysica inició el giro para volver al dormitorio. De súbito, lanzó un grito.

—¡Red! ¡Hay alguien espiándonos!

Señaló con la mano hacia una ventana próxima. Mickar vio una cara que se retiraba con presteza.

Sin pensárselo dos veces, corrió hacia la puerta y la abrió. Salió al porche, encontrándose casi de narices con Edwina Ormon.

—¡Señora Ormon! —resopló.

La mujer, gruesa, rechoncha, rubicunda, esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Dispénseme, señor Mickar, pero me faltaba azúcar y pensé que usted podría prestarme una tacita...

—El azúcar se me ha acabado —dijo Mickar con fingida amabilidad—. Ahora bien, tengo un vinagre estupendo. ¿Quiere una botella, señora Ormon?

La mujer alzó la barbilla orgullosamente.

—No necesito su vinagre para nada —contestó—. Adiós, señor Mickar.

—Adiós, señora Ormon. Y recuerde: es un feo vicio ese de atisbar por las ventanas del vecino.

—Lo que he visto me da motivos para confirmar mis declaraciones de anoche. ¡Es usted un sujeto vil e inmoral!

Mickar se apoyó en uno de los postes del pórtico.

—Ella tiene cuarenta años menos y una silueta encantadora — dijo mordazmente.

—¡Oh! Miserable...

La señora Ormon dio media vuelta y se marchó anadeando como una oca enfurecida. Mickar la despidió con una estentórea carcajada.

Entró en casa.

—Vieja chismosa —dijo—. En fin, ya la he quitado de en medio. ¿Está lista, Lysica?

—Cuando quiera, Red.

Mickar condujo a la chica al patio posterior, donde tenía su aeromóvil. La ayudó a situarse en su puesto y luego se sentó él tras el cuadro de mandos.

—No está mal —dijo Lysica en tono apreciativo.

—¿Qué es lo que no está mal? —preguntó Mickar, mientras cerraba la cúpula.

—El aparato. ¿Qué lo mueve?

—Antigravedad.

Lysica hizo un gesto ambiguo.

—Método anticuado —calificó.

Mickar se sintió pasmado.

—¿Cuál es el sistema de propulsión de sus vehículos? —inquirió.

—Tenemos varios: fotorreacción, propulsión mental, conversión de la materia... La antigravedad es algo que no se usa sino como método historiográfico en nuestras universidades de Ultrafísica.

El joven sintió que se le caía la mandíbula.

—Fotorreacción... propulsión mental... Jamás haría oído nada semejante, Lysica —balbuceó.

—Ya hablaremos en otro momento, Red. Ahora conga en marcha su artilugio o nos cerrarán el banco yo tengo necesidad de dinero contante y sonante. ¿Se dice así?

—Así se dice, sí, señor —contestó él, sin acabar de salir de su asombro.

* * *

Mickar descendió hasta dejar el aparato en el estacionamiento destinado a los clientes del banco. Mientras lo hacía, se preguntó quién había podido depositar dinero a nombre de una extraterrestre.

Vagas ideas acerca de una invasión del planeta a cargo de seres nacidos en otro punto de la Galaxia llenaron su mente. Pero casi en el acto desechó la idea.

Aquellos seres —si, efectivamente, eran extraterrestres—, no querían compromisos con los habitantes de la Tierra. Lo que le

había sucedido a él era una buena muestra de su aserto.

Ciertamente, Lysica le había pedido ayuda. Los Hüuthis, si bien le habían evaporado la casa, se la habían vuelto a reconstruir íntegramente y, además, habían hablado de indemnizarle. Pero en modo alguno se habían mostrado hostiles con él por el hecho de haber dado cobijo a la muchacha.

Se preguntó qué motivos eran los que habían originado aquella lucha entre dos civilizaciones. ¿Llegaría a conocerlos algún día?

Se apeó del aeromóvil y alargó la mano para ayudar a Lysica a hacer lo mismo. La muchacha agradeció el gesto con una gentil sonrisa.

Mickar la condujo hasta la encristalada fachada del banco. Cruzaron las puertas y se acercaron a una mesa, sobre la cual, y siguiendo sus indicaciones, Lysica rellenó un cheque por valor de diez mil dólares.

—Pensé que había dicho cinco mil —observó él, al ver la cifra que campeaba en el cheque.

—No quiero verme en apuros monetarios —contestó ella.

—Oiga, ¿y por qué, cuando vaya a hacer sus compras, no paga con un cheque?

Lysica hizo un signo negativo.

—El dinero contante borra muchos escrúpulos —replicó.

—Sí, algunos tipos siempre se muestran reacios a aceptar cheques cuando no conocen al librador —concordó él.

Luego acompañó a la muchacha a la ventanilla de pagos. Mientras esperaban a que el cajero abonase la suma solicitada, Mickar paseó la vista por los alrededores.

Todo parecía en orden. No había el menor rastro de los Hüuthis.

¿Adónde iría la muchacha después de que recibiera el dinero?

Había hablado de su astronave averiada. ¿Era que confiaba hallar repuestos en la Tierra?

A veces, se inclinaba a creer que todo era una broma. O quizás era un asunto de espionaje, distraído de aventura interplanetaria, en el que se había visto él involucrado contra su voluntad.

De todas formas, se dijo, pronto lo sabría.

—Ya está —exclamó Lysica de pronto.

—Muy bien. Salgamos del banco y... ¿adónde vamos ahora?

—Se lo diré cuando estemos en vuelo. Tengo que consultar una

lista de notas antes de señalarle una dirección.

—De acuerdo.

Caminaron hacia la puerta. Al cruzar el umbral, repentinamente, sin previo aviso, dos sujetos se colocaron a ambos lados de ellos y emparejaron su paso.

—Sigan hasta el aeromóvil de color rojo que está frente a ustedes —ordenó truculentamente uno de los sujetos—. No intenten desobedecer o les freiremos a balazos.

CAPÍTULO V

Lysica emitió un gemido de espanto. Mickar se quedó inmóvil durante un instante.

Algo duro se apoyó en su costado. El tipo que tenía a su derecha lanzó un gruñido de enojo.

— ¡No se pare! ¡Siga!

Mickar analizó rápidamente la situación.

Aquellos sujetos no parecían en modo alguno extraterrestres. Tenían todo el aspecto de matones alquilados.

El aeromóvil señalado era grande, con capacidad para ocho personas. Un individuo ocupaba el puesto de piloto, dispuesto a alzar el vuelo apenas se lo ordenaran.

Era un secuestro, pensó. Obra de Amin y Liad, naturalmente.

Pero ¿cómo habían podido obrar tan rápidamente?

Resultaba incomprensible.

Lysica dio un paso hacia adelante. Mickar se emparejó con ella.

La muchacha le dirigió una mirada de súplica. Él contestó con un levísimo parpadeo. Lysica hizo un gesto análogo, como dando a entender que le había comprendido.

Llegaren junto al aeromóvil.

—¡Suban!

Mickar simuló obedecer la orden. De repente, dio un paso atrás, agarró el brazo del sujeto y le hizo dar media vuelta. Luego, sin soltarle todavía, lo lanzó hacia adelante, obligándole a meter medio cuerpo dentro del aparato.

Al mismo tiempo, Lysica se revolvía furiosamente contra el otro y le golpeaba en la cara con el bolso. El matón lanzó un grito de cólera.

—¡Atracadores! —gritó Mickar—. ¡Socorro! ¡Acaban de atracar el banco! ¡Ladrones! ¡Policía, policía!

El primer secuestrador forcejeaba todavía por sacar el cuerpo del aparato. Su compañero inició la reacción, pero Mickar le puso una mano en la cara y el pie izquierdo detrás del tobillo.

Empujó. El matón cayó de espaldas con los pies por alto.

—A correr, Lysica.

La muchacha no se hizo de rogar. Los gritos de la pareja habían organizado una espantosa confusión en el exterior del banco.

La gente corría desolada en busca de refugios. Se oían gritos y chillidos por todas partes.

A favor del desconcierto general, Mickar y Lysica consiguieron ganar su aeromóvil. Lysica saltó al interior y el joven la siguió sin pérdida de tiempo.

Mickar conectó el dispositivo de arranque. El aparato se elevó de un salto.

En pocos segundos, alcanzó el canal de máxima velocidad, situado a una cota, que superaba la de los edificios más altos.

—Bueno —exclamó satisfecho, momentos después —creo que les hemos dado esquinazo.

—¿Usted cree, Red? Mire hacia atrás, por favor —rogó la muchacha.

Mickar giró la cabeza. Un segundo después, dejó escapar una interjección de rabia.

—¡Nos siguen! —dijo.

—Exactamente —corroboró Lysica.

* * *

Mickar aceleró a fondo.

El aeromóvil azul aceleró también. Era de potencia superior, se vio a los pocos momentos.

—Nos va a dar alcance —murmuró él rabiosamente.

—Espere un segundo —dijo Lysica—. Red, yo juraría que esos tipos son terrestres.

—Yo también lo creo así, Lysica.

—Bien, en ese caso...

La muchacha se levantó un poco la falda del vestido y metió las

dos manos por debajo. Mickar, por cortesía, volvió la cara a otro lado.

Fijó la vista en el retrovisor lateral. Los perseguidores estaban a menos de cien metros.

De repente, desaparecieron.

—¡Eh, se han ido! —gritó él.

Lysica sonrió enigmáticamente.

—Mire hacia abajo, Red —indicó.

Mickar obedeció. Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios.

—¡La ciudad ha desaparecido también!

Hubo una pausa de silencio. Mickar volvió la careza y miró fijamente a la muchacha.

—¿Qué ha hecho usted? —quiso saber.

Lysica sonreía encantadoramente.

—He usado mi aparato de traslación instantánea, ampliando su campo de fuerza, por supuesto, para poder mover a su aeromóvil también. El resultado es que ahora estamos a treinta kilómetros del lugar donde nuestros perseguidores estaban a punto de darnos alcance.

Mickar estaba aturdido.

Volvió a mirar hacia el suelo.

Apenas se veían edificios. Granjas aisladas, paradores situados en el borde de las aerorrutas, un río, montañas a lo lejos… y la ciudad al fondo, tras ellos.

—Increíble —dijo.

—Pero efectivo, ¿no?

—Ya lo creo.

Ahora era cuando se convencía Mickar de que Lysica era una extraterrestre. En la Tierra no había aparatos semejantes, capaz de trasladar a una persona a treinta kilómetros en una fracción de segundo.

—Ha sido una excelente idea —manifestó—. Y, ¿adónde vamos ahora?

Lysica se removió en su asiento.

—A… Oh, cuánto me pica la espalda. No sé qué debo tener ahí… Míreme, ¿quiere?

—Yo no veo nada —dijo él, tras un atento examen—. Tal vez le

está brotando un sarpullido, pero los síntomas no han salido aún al exterior.

—Puede —admitió Lysica—. Red, ahora me interesaría buscar un sitio seguro, resguardado, donde pueda trabajar sin temor a interferencias. ¿Sabe usted de alguno semejante?

Mickar reflexionó unos instantes.

—Espere un momento —contestó—. Voy a ver…

Conectó el piloto automático, después de reducir la velocidad, y luego presionó una tecla del cuadro de mandos. Acto seguido, apretó otras teclas, cada una ir las cuales estaba marcada con una letra o un número.

Al cabo de unos instantes, se oyó una voz masculina que salía a través de un altoparlante:

—Habla Mike Rooney. ¿Quién me llama?

—Hola, Mike. Soy Red. ¿Cómo te encuentras?

—¡Hombre, Red, ya era hora que tuviese noticias tuyas! ¿Dónde te has metido todo este tiempo, perillán?

—Luego te contaré; ahora ando con un poco de prisa. Quiero pedirte un favor.

—Lo que quieras, viejo zorro. ¿De qué se trata?

—De tu choza de Belmont Valley. ¿Podría usarla durante algunos días?

—Lo que quieras, chico. Precisamente, ahora yo me voy con la mujer a la playa… Puedes estar allí un mes, si quieres.

—Gracias, Mike. Sabía que podría contar contigo. Pero ¿y la llave?

El altavoz emitió una carcajada.

—No se necesita llave, Red. Hace dos meses instalé una cerradura de nuevo tipo. Basta que se lo pidas para que la puerta se abra automáticamente.

—¿Cómo? ¿Ordenar a la puerta que se abra?

—Claro, hombre, claro. ¿Acaso ya no te acuerdas de la frase clásica? Di, simplemente: «¡Ábrete, sésamo!», y la puerta se abrirá.

Mickar se echó a reír.

—Ingenioso de veras, Mike. Gracias y hasta la vista.

—Hasta que quieras. Y que os divirtáis mucho.

Mickar cerró el contacto, mientras Lysica se sonrojaba hasta la raíz del cabello.

—¡Oh! ¿Cómo ha sabido...?

El joven trató de evitar una sonrisa.

—Yo soy soltero —explicó—. La cabaña está en un lugar solitario. Imagínese el resto, Lysica.

—Pero nosotros no vamos allá a divertirnos...

—Mike no se lo creerá, y tampoco tenemos por qué darle explicaciones. Usted ha pedido un buen escondite y yo se lo he proporcionado. ¿No era eso lo que quería?

Lysica remoloneó un poco, pero acabó por aceptar la situación tal como se presentaba.

—Por lo visto, no es la primera vez que le pide usted la cabaña para... una diversión de dos —dijo.

—No, no es la primera vez —admitió él, sin pestañear.

* * *

Mickar hizo aterrizar su aeromóvil en un pequeño prado situado a espaldas de la cabaña, que tenía poco de tal, ya que se trataba de un lujoso chalet de montaña, emplazado en un lugar desde el que se divisaba un panorama fascinante.

Una cascada saltaba a cuarenta metros de distancia, formando, después de remansarse en un gran estanque de casi setenta metros de diámetro, un tumultuoso torrente que corría por la ladera hacia el valle. Abundaban los pinos y los abetos, aunque también se veían algunos álamos y chopos en las márgenes de la corriente.

Lysica saltó al suelo y respiró a pleno pulmón.

—Viendo esto —dijo—, comprendo que se sientan orgullosos de ser terrestres.

—¿No tienen paisajes tan bonitos en Kéeg?

Ella meneó la cabeza.

—Es un mundo muy viejo, árido en la mayor parte de sus continentes; alumbrado por un sol anaranjado... Kéeg, en suma, es un planeta moribundo, como la estrella que lo alumbra.

Mickar empezó a comprender en parte los motivos que habían impulsado a Hüuthis y a Sbarrygls a trasladarse al sistema solar. Sin embargo, por el momento, opinó que era preferible no mencionar el tema.

—Bien —dijo—, entremos en la casa.

Rodearon la cabaña y subieron al porche. Mickar se detuvo ante la puerta.

—¡Ábrete, sésamo! —exclamó.

La puerta giró en silencio. Lysica palmoteo alborozada.

—Esto es algo que no se nos había ocurrido a nosotros —exclamó.

—Bueno, los terrestres no somos mancos —sonrió Mickar.

Entraron en la cabaña. Lo primero que hizo el joven fue dirigirse a la cocina.

—El refrigerador está lleno de comida —gritó.

Lysica no contestó. Extrañado, Mickar abandonó la cocina y la buscó por todas partes.

La joven estaba en un saloncito, en el que había un escritorio. Buscaba algo por los cajones, hasta que lo encontró.

—Ah, ya lo tengo —dijo, blandiendo un bloque de papel y un lápiz—. Tengo que hacer muchos cálculos. Red.

—¿Para reparar su nave?

—Justamente. Primero calcularé; luego iré a buscarla. Después la traeré aquí. Por último, compraré los materiales para la reparación.

—Un programa algo movido —calificó él—. ¿Cómo va de apetito?

Lysica no contestó. Se había sentado a la mesa y, con expresión abstraída, escribía ya con tremenda velocidad.

Mickar juzgó que lo más prudente era dejar a la joven. Él era escritor y de física no entendía nada. Todos sus conocimientos extraliterarios relacionados con la ciencia se reducían a pilotar su aeromóvil, pero no habría sabido reparar la más insignificante avería.

CAPÍTULO VI

De cuando en cuando, Mickar entraba en el escritorio silenciosamente y dejaba sobre la mesa una bandeja con un vaso de leche y algunas galletas, o bien unos bocadillos y café caliente. Lysica agradecía la atención con un leve gesto y continuaba su trabajo.

La situación se prolongó durante cuarenta y ocho horas largas. Mickar estaba sentado al atardecer en la veranda, contemplando el maravilloso espectáculo del ocaso en las montañas, cuando, de repente, oyó en el interior de la casa un sonoro «¡*Uf*!»

Luego oyó ruido de tacones femeninos.

—Ya está —dijo Lysica, asomando al porche.

—¿Sí?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Por fin he hallado la solución, Red. Ahora mismo iré a...

Mickar se puso en pie lentamente y la agarró por un brazo.

—A donde va a ir usted ahora es a la cama —dijo imperativamente—. Ha estado más de dos días sin dormir y ha realizado un esfuerzo enorme. Ha consumido demasiadas energías y es preciso que las reponga.

—Pero, Red, mi astronave...

—Lo que tiene que hacer ¿ha de ser realizado en un plazo fijado de antemano?

—No, pero cuanto antes...

—No juegue con su salud —dijo él severamente—. Duerma, repóngase y mañana estará fresca y descansada. De lo contrario, acabará dando cabezadas por las paredes... o estrellándose con su artilugio al quedarse dormida sobre los mandos.

Lysica le dirigió una sonrisa hechicera.

—Tuve suerte al encontrarle a usted, Red —dijo—. Gracias por sus consejos; son muy acertados. Despiérteme pronto, por favor.

—De acuerdo. Buenas noches, Lysica.

Ella ahogó un bostezo.

—Tiene usted razón; me caigo de sueño. Buenas noches. Red.

Dio media vuelta y cruzó el umbral. Mickar la oyó todavía quejarse del picor de su espalda.

—¿Qué tendrá ahí? —masculló—. Sería cosa de consultar a un médico...

Lysica se levantó después de las ocho de la mañana, quejándose de que Mickar la hubiese dejado dormir tanto.

—Lo necesitaba —contestó él simplemente—. ¿Cómo va su espalda?

Ella sonrió.

—Tenía tanto sueño, que no me he enterado siquiera del picor.

—¿Le pica ahora?

—A ratos, Red. Oiga, ¿qué es eso?

Lysica señaló un montón de paquetes que había sobre un diván.

—Sus ropas —contestó él.

—¡Oh, ha estado en su casa!

—Sí. Yo también necesitaba algo de ropas, Lysica. Aunque sea mía, fue una buena idea la de escondernos aquí.

—¿Por qué dice eso, Red? —se extrañó la joven.

—Mi casa está vigilada.

—Los Hüuthis —dijo ella, muy sería.

—O sus esbirros terrestres, tanto da.

—¿Le vieron, Red?

—Si me hubieran visto, ya no estaríamos aquí.

—Oh, claro, qué tonta soy. Red, tendrá que presarme su aeromóvil.

—Por supuesto, pero tenga cuidado de no provocar un accidente. Usted no tiene licencia de piloto y se metería en un conflicto muy serio.

Ella sonrió.

—Sé manejar aparatos algo más complicados que el suyo, Red —contestó.

—No lo dudo, pero no olvide tampoco que no está en su planeta.

Y ahora ¿qué le parece un buen desayuno?

Lysica se puso una mano en el estómago.

—Está gritando de hambre, Red —contestó.

Una hora después, Lysica estaba dispuesta para alzar el vuelo.

—¿Quiere que la acompañe? —sugirió él.

—No, gracias. Prefiero que se quede aquí.

—Pero, si vuelve en su astronave, mi aeromóvil…

—No se preocupe; lo traeré también.

Lysica trepó ágilmente al asiento del piloto. Ahora vestía una blusa de encajes, blanca, y unos pantaloncitos cortos, con tirantes muy anchos.

El conjunto era encantador, pero el cinturón lo destrozaba, pensó Mickar. No obstante, comprendió que Lysica no podía deshacerse en ningún instante de aquel artefacto.

Ella agitó la mano. Cerró la cúpula y, un instante después, Mickar se quedaba solo en el prado.

—¡Demonios! ¡Qué manera de arrancar! —exclamó.

* * *

Consultó la hora.

Lysica se había marchado después de las nueve de la mañana. Eran más de las diez de la noche y Lysica no daba señales de vida.

Las horas fueron transcurriendo lentamente. Mickar empezó a temer que le hubiera sucedido algo.

Por él no se preocupaba. La cabaña disponía de radioteléfono. En caso necesario, pediría un aerotaxi.

Pero ¿y si los Hüuthis habían secuestrado a Lysica?

¿Qué suerte correría la muchacha?

Lysica había dicho que la matarían. La actitud de Amin y Lfad, si bien inamistosa, no parecía anunciar una solución tan extrema.

Le parecía que los Hüuthis querían raptar a la muchacha, para interrogarla sobre algo…, sobre un motivo que él desconocía todavía y que Lysica se había negado rotundamente a declarar. De todas formas, si era capturada, no lo pasaría bien.

Levantó la vista al cielo. Kéeg orbitaba en torno a una de las innumerables estrellas que constelaban la bóveda celeste. ¿Cuál de ellas era?

A pesar de su nerviosismo, el sueño hizo presa en sus párpados y acabó por dormirse en el cómodo butacón que había elegido para descansar en el porche de la casa.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que ya amanecía.

Entonces llegó hasta su nariz el olor a café recién hecho.

—¡Lysica! —gritó, a la vez que se ponía en pie de un salto.

—El desayuno estará en seguida, Red —contestó la muchacha desde la cocina.

—¡Al fin, al fin ha vuelto! —exclamó Mickar jubilosamente.

Corrió a la cocina. Lysica le miró por encima del hombro, a la vez que le dirigía una atractiva sonrisa.

—¿Estaba impaciente por verme, Red? —preguntó.

—No se lo puede figurar —contestó él—. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Oh, tuve que hacer muchas compras y el día se me pasó sin que me diera cuenta. Luego comprobé mis cálculos en la computadora de a bordo. Había un par de errores, pero no eran de importancia, y los subsané rápidamente. En resumen, cuando llegué aquí le vi dormido, pero, como ya se iba a hacer de día, me puse a preparar el desayuno. Lo tendré listo dentro de cinco minutos, Red.

—¿Es cierto que ha traído aquí su astronave, Lysica?

—Sí, está en el prado…

Mickar no quiso escuchar más. Atravesó la cocina, ebrio la puerta posterior y salió al prado.

Dio dos pasos y se detuvo atónito.

Delante de él sólo estaba su propio aeromóvil. Pero no había el menor rastro de la astronave kéegiana.

Desconcertado, entró de nuevo en la casa.

—No veo ninguna nave. —refunfuñó.

Lysica se echó a reír.

—Usted no me ha dejado terminar de hablar, Red. Efectivamente, está en el prado, pero en situación de traslación continua e inmóvil.

Mickar puso cara de idiota.

—¿Cómo se digiere eso? Traslación continua… e inmóvil. Una cosa que se mueve no puede estar inmóvil, Lysica.

—Bueno, la tengo sujeta a los efectos de mi máquina de traslación instantánea, pero «anclada» en el espacio próximo al

prado. De este modo, consigo su invisibilidad e indetección, ¿comprende?

—No mucho, pero, en resumen, la ha hecho invisible.

—Sí, eso es.

—Entonces, si quiere repararla, tendrá que hacer la visible.

—Me invisibilizaré yo. Y usted también, si lo desea.

—Hombre…, al menos veré cómo es una nave extraterrestre por dentro. —Mickar se puso serio de pronto—. Lysica, ¿se irá en cuanto tenga la nave reparada?

Ella dejó de sonreír también.

—Sí, Red, tengo que irme —contestó.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, ella exclamó:

—Bien, vamos a desayunar, Red. No pensemos por ahora en la separación. Cuando llegue el momento…

Pero la joven no se sintió con fuerzas para terminar la frase.

Sin saber por qué, el desayuno transcurrió en un ambiente serio, más bien tristón. Apenas si cambiaron unos cuantos monosílabos.

Al terminar, ella, una vez más, volvió a quejarse del picor en la espalda.

Mickar frunció el ceño.

—Eso me preocupa, Lysica —dijo—. Debiera hacerse mirar por un especialista…

—¡Pero si no tengo nada! Usted mismo me examinó y…

—Sólo vi un trozo de su espalda —alegó él—. El escote posterior de su vestido de color rosa era más bien morigerado.

El joven se puso en pie.

—Espere un momento —rogó.

Minutos más tarde, regresaba con una caja tipo maletín en una mano y una lupa en la otra.

—Es un equipo de cura de urgencia que he encontrado en uno de los armarios de la casa —dijo—. La lupa me servirá para examinar su piel, Lysica.

—No conseguirá nada, Red. Usted no es médico…

—Tengo hechos cuatro cursos de medicina. Lo dejé porque me gustaba más la literatura.

—¡Caramba! —se asombró ella.

Mickar hizo un gesto con la mano.

—Vuélvase y quítese la blusa, haga el favor.

Ella obedeció. Momentos después, tenía la espalda al descubierto hasta la cintura.

—Voy a pasear la yema del índice por el sitio donde le pica. Adviértame cuando crea que he alcanzado el objetivo.

—Sí, Red.

Mickar fue tocando la espalda de la muchacha, hasta que Lysica, de pronto, lanzó un grito.

—Ahí, Red.

El joven insistió en el reconocimiento táctil. Frunció el ceño.

—Noto una ligerísima prominencia longitudinal bajo la epidermis, invisible a simple vista —dijo—. Pero eso no es normal.

—No entiendo. Los reconocimientos médicos que me hicieron en Kéeg no delataron ninguna enfermedad...

—Puede que no se trate de una enfermedad, Lysica. Eso..., lo que hay bajo su piel, mide casi veinte centímetros.

—Me deja usted sin aliento, Red.

—Pero es la pura verdad. Lysica, ¿quiere quitarse el picor de una vez?

—Eso no se pregunta, Red. ¿Cómo lo conseguirá?

—Bisturí —contestó él lacónicamente.

Lysica guardó silencio unos segundos.

—Adelante, Red —dijo al cabo.

—Muy bien. Voy a prepararlo todo, Lysica. Una pregunta, por favor.

—Sí, Red.

—¿Cuándo empezó usted a notar ese picor?

—Hará unas tres..., no, dos semanas. Cuando salí de...

Ella cortó la frase de repente.

—¿Cuando salió, de dónde? —preguntó él.

Lysica movió la cabeza.

—Dispénseme, Red —negó la respuesta sin más explicaciones.

Mickar ocultó la decepción que sentía. Luego, sin pronunciar una sola palabra más, empezó a preparar todo para la operación.

CAPÍTULO VII

El bisturí fue sustituido por una hoja de afeitar nueva, escrupulosamente desinfectada. Mickar colocó compresas estériles sobre la espalda de Lysica, que se hallaba tendida boca abajo sobre la mesa del comedor, amplia y capaz.

Carecía de anestésico, pero este problema fue solucionado por Lysica, quien trajo un tubito de su nave. El tubo contenía una pasta completamente transparente, que Mickar, a indicación de la joven, extendió sobre la zona afectada.

Una vez estuvo dispuesto, cortó la piel con la hoja de afeitar. Con una compresa en la mano izquierda, restañaba la sangre.

Profundizó cerca de un centímetro. De pronto, divisó lo que parecía un hilo metálico, de milímetro y medio de grosor, envuelto en una cápsula transparente.

Mickar practicó una incisión de veinte centímetros de longitud. Luego, con la ayuda de unas pinzas que había sacado del maletín de cura, extrajo aquel hilo, que dejó a un lado de la mesa.

—Había algo, Lysica —dijo.

—¿Qué es, Red? —preguntó ella.

—Ahora lo verá. Espere que suture y cubra la incisión.

Tuvo que coser con una aguja e hilo corrientes. Luego cubrió la herida con una capa de celulina hemostática, que desinfectaba, regeneraba los tejidos y cortaba la efusión de sangre. Con aquella sustancia, las vendas resultaban innecesarias.

Al terminar, fue al aparador y llenó una copa de vino generoso.

—Ya puede ponerse en pie, Lysica.

Ella bajó de la mesa, sosteniendo la blusa por delante con el brazo izquierdo. El vino devolvió los colores a su cara.

—Vaya a su cuarto y vístase.

—Sí, Red.

Mientras ella se arreglaba de nuevo, Mickar cogió el hilo por medio de unas pinzas y lo lavó en el grifo de la cocina. Luego regresó al comedor.

Por medio de la lupa, examinó aquel hilo. Se llevó una gran sorpresa.

Dentro de la cápsula protectora no había estrictamente un hilo, sino un cable metálico, finísimo, no más grueso que un pelo, enrollado en innumerables espiras, a la manera de una resistencia eléctrica. Pero dada su delgadez, el número de espiras resultaba incalculable.

Lysica llegó en aquel momento, atusándose el pelo.

—¿Qué era eso, Red? —preguntó.

Mickar le entregó las pinzas y la lupa en silencio.

Instantes después, Lysica dejaba escapar una exclamación de asombro:

—¡Es una grabación!

—¿Cómo? ¿Quiere decir una cinta magnetofónica?

—Mickar no estaba menos asombrado que la joven.

—Ustedes, los terrestres, lo califican con esa palabra. No es lo mismo, exactamente, pero produce análogos resultados… en imagen y sonido, Red.

—¡Demonios! ¿Quiere decir que ese hilo enrollado contiene una grabación que se puede proyectar en una pantalla y oírse, además, un discurso o la explicación de las imágenes?

—En efecto, así es, Red.

Mickar se mordió los labios.

—¿Y la cápsula?

—Una envoltura de protección, tanto para el hilo como para mí —contestó ella.

—Comprendo. Lysica, el problema que ahora se plantea es el siguiente. ¿Quién le insertó a usted esa grabación en la espalda?

Ella parecía sumamente perpleja.

—No lo sé. Red.

Mickar reflexionó un momento.

—¿Podríamos ver qué contiene la grabación?

—preguntó.

—Por supuesto, pero...
—Ese hilo sólo puede ser insertado en un proyector especial.
—Que usted tiene en su nave.
Lysica sonrió.
—Es usted muy listo, Red —elogió.
—No soy tonto, desde luego. ¿Vamos?
La joven dudaba.
—¿Acaso hay prohibición de que los terrestres visiten las naves kéegianas? —preguntó Mickar.
—No, vamos, Red —exclamó ella, decidiéndose de repente.

* * *

Lysica le llevó, literalmente de la mano, hasta el interior de su nave.
—Es necesario que tenga algún contacto conmigo para que el aparato de traslación instantánea pueda también actuar sobre usted.
—Pero cuando escapamos de los esbirros de Amin y Lfad...
—Aunque, indirectamente, también estaba en contacto conmigo, al hallarse en el mismo vehículo. Además el campo traslatorio formaba como una especie de esfera, que nos englobaba a los dos. Y al aeromóvil, por supuesto.
En una fracción de segundo estuvieron en el interior de la nave.
Lysica soltó la mano de su acompañante. Mickar estaba atónito.
Era menos grande de lo que había esperado, pero, aun así, las dimensiones interiores le parecieron exorbitantes. Vio un complicadísimo cuadro de mandos, varias pantallas de diferentes tamaños, amplios ventanales de forma oval, cuyo eje mayor era horizontal, cómodos sillones... El interior de la nave era de un futurismo avanzadísimo, como ni siquiera las mentes más privilegiadas de la Tierra podían imaginar.
Sin embargo, los ventanales no ofrecían ninguna imagen visible a su través.
—¿Qué pasa? ¿Dónde está la casa de mi amigo? —exclamó.
Lysica sonrió.
—No olvide que estamos en otro espacio. Si nosotros somos invisibles, es justo que tampoco veamos nada de lo que nos rodea.
Mickar hizo una mueca.

—Cuando usted lo dice…

Lysica se dirigió a una máquina que había en uno de los lados de la cámara, de forma rectangular y con la parte superior inclinada en un ángulo de 60“. La máquina tenía unos ciento diez centímetros de altura, por sesenta de anchura y cuarenta de fondo.

La joven introdujo el hilo por un diminuto orificio, situado en el costado derecho de la máquina. Mickar procuró fijarse bien en las operaciones que realizaba Lysica.

A continuación, ella apretó varios botones del panel de la máquina. Una gran pantalla se iluminó en el acto.

—Siéntese, Red.

Mickar ocupó uno de los sillones. Instantes después, un rostro humano aparecía en la pantalla, en colores naturales y casi en relieve.

Era el de un hombre de unos cincuenta años de edad, de pelo entrecano y nariz aguileña, vestido con una especie de toga que recordaba mucho a la indumentaria de los tribunos de la antigua Roma. Sobre el hombro izquierdo llevaba un broche de grandes dimensiones, hecho, al parecer, de oro y piedras preciosas.

—¡Kufov! —exclamó Lysica, sin poder contenerse.

—¿Quién es Kufov? —preguntó Mickar.

—Mi… bueno, un amigo mío —contestó ella con un matiz en el que Mickar captó una total ambigüedad.

—¿Está en la Tierra?

—No.

—Me gusta su afición a satisfacer la curiosidad ajena —dijo Mickar sarcásticamente.

Lysica se sonrojó.

—Por favor, Red —contestó —; crea que lo siento mucho, pero no puedo darle explicaciones.

—¿Ahora, en este momento, o nunca?

La chica vaciló de nuevo.

—No lo sé, no me acose, se lo ruego —dijo.

—En fin —suspiró él —; espero que de todo esto no se derive una invasión que cause una catástrofe en nuestro planeta.

—No sucederá así, se lo aseguro —replicó ella tajantemente—. Y ahora, por favor…

La proyección era muda. Lysica manejó una tecla y la voz del

individuo llamado Kufov se dejó oír.

Kufov estaba sentado ante una mesa y tenía todo el aspecto de un locutor de noticias de la televisión. Esto, para Mickar, no hubiera tenido excesiva importancia, ni siquiera la indumentaria, de no haber sido por el lenguaje tan incomprensible que empleaba Kufov en su parlamento.

Kufov estuvo hablando cosa de diez minutos. Mickar escuchaba resignadamente, sin comprender nada de lo que decía el individuo. Empezaba a aburrírsela, cuando la imagen de Kufov fue sustituida por la de un planeta.

El planeta estaba contemplado desde varios miles de kilómetros de distancia, lo justo para dar una visión completa de uno de sus hemisferios. Pero el filmador acercó bien pronto la imagen —¿o era una nave la que se acercaba al planeta?», pensó Mickar —, y los detalles de su superficie empezaron a distinguirse con mayor claridad.

Parecía como si la nave fuese a aterrizar en aquel planeta. De repente, Mickar creyó haber encontrado algo conocido en las imágenes que contemplaba.

La cámara dio un salto y apareció una enorme cúpula, cuyas dimensiones, a falta de elementos de comparación, resultaban imprecisas. No obstante, a Mickar le parecieron gigantescas.

Era una cúpula gigantesca, supo instantes después, al ver lo que había debajo.

Mickar vio casas, un pequeño lago, un par de manantiales, prados, árboles en gran cantidad, hasta el extremo de que formaban un pequeño bosque, caminos bien trazados y mejor pavimentados…

—¿Dónde está eso? —preguntó.

Silencio.

Mickar volvió los ojos hacia la muchacha.

En la penumbra que reinaba en la cabina, hecha expresamente para la proyección, Mickar pudo ver la atención con que contemplaba Lysica las imágenes.

Estaba totalmente concentrada, ausente en absoluto de cuanto la rodeaba. Lysica no había oído su pregunta y, puesto que no le hacía el menor caso, desistió de continuar hablando.

Mientras tanto, la voz de Kufov continuaba oyéndose. Era evidente que daba explicaciones de lo que aparecía en la pantalla.

La filmación mostró detalles en gran cantidad, toda clase de perspectivas, de modo que nada de cuanto había bajo aquella cúpula pudiera escapar a la vista de otros espectadores.

Después aparecieron otros sujetos, hombres y mujeres, por lo general jóvenes, que hablaron y pronunciaron breves discursos. Todos vestían de una forma similar, sencilla y práctica, sin adornos innecesarios.

Apareció también una granja con animales domésticos: gallinas, corderos, vacas y otros. En los árboles anidaban pájaros de diferentes tamaños y plumajes.

La proyección duró bastante más de tres horas. Mickar empezaba ya a aburrirse.

Kufov cerró la proyección. Habló unos minutos y luego la pantalla quedó en blanco.

—Ya está —dijo Lysica.

—¿Se acabó la sesión?

Ella encendió las luces.

—En efecto —contestó—. Perdone que le haya cansado, pero quería conocer el contenido de esa grabación.

—Ya lo conoce —dijo Mickar—. Ahora dígame, ¿qué lenguaje era el que hablaba su amigo, Kufov?

—Sbarrygl, desde luego.

—A mí me pareció chino —confesó el joven.

Lysica sonrió.

—Es menos difícil de lo que parece —contestó—. Puede que algún día llegue a hablarlo con tanta perfección como yo.

—Es posible —admitió Mickar con naturalidad—. Y ahora, dígame, ¿lo que hemos visto es Kéeg?

—No, no es Kéeg; pero, créame, Red, me es imposible darle información alguna del lugar en que ha sido impresionada esa grabación —contestó la muchacha.

CAPÍTULO VIII

A partir de aquel momento, Lysica se dedicó con afán a la reparación de su astronave.

Lysica había traído los materiales en el aeromóvil Mickar, transbordándolos luego a su nave. El joven no la veía apenas durante el día.

Ella se pasaba la mayor parte del tiempo en su aparato. Mickar se dijo que debía de poseer unos conocimientos de los que él no tenía la menor idea. Si se sentía incapaz de reparar la menor avería de su aeromóvil, ¿cómo entender siquiera lo que hacía Lysica?

—Mi papel es de simple cocinero —se decía.

Lysica iniciaba el trabajo muy de mañana, lo suspendía a mediodía cosa de treinta minutos y luego reanudaba su labor hasta bien entrada la noche.

Varios días más tarde, Mickar le preguntó, mientras cenaban, cómo iban las reparaciones.

—Bien —contestó ella lacónicamente.

—Bien… ¿o regular?

—Estoy fabricándome las piezas de repuesto con materiales terrestres —explicó Lysica—. De lo contrario, ya habría terminado hace un par de días.

—Y se habría vuelto a Kéeg.

—Sí, Red.

—Sentiré su marcha, Lysica.

—Yo también sentiré tener que separarme de usted, pero le aseguro que no me queda más remedio.

—Tiene que entregar esa grabación, ¿no?

—En efecto, así es.

—Estoy seguro —dijo él, jugueteando con una cucharilla —de que Kufov se la insertó en la espalda sin que usted lo supiera.

Lysica calló. Su silencio era prueba de su asentimiento.

—Y eso lo hizo Kufov por temor a los Hüuthis —añadió él.

—Es lógico, Red.

—Pero los Hüuthis andan detrás de la grabación. Por tanto, hay un traidor en las filas de Kufov.

—No lo creo, Red. Simplemente, son rivales nuestros —aseveró.

—Rivales ¿en qué?

Lysica hizo un gesto de cansancio.

—Red, ¿cuándo comprenderá que tengo los labios sellados y que, a pesar de todo, lo he dicho ya más cosas de las que debiera saber?

—Lo siento, no le haré más preguntas —dijo él secamente—. Sólo quiero saber una cosa.

—¿Sí, Red?

—Deseo que me afirme que de todas sus actividades, las suyas, las de su amigo Kufov y las de sus enemigos los Hüuthis, no se derivará ningún daño para nuestro planeta.

Lysica vaciló ligeramente.

—No…, no lo creo, Red —contestó.

—Se siente insegura —afirmó él—. ¿Cómo se produjo la avería de su astronave?

—No lo sé; tal vez yo soy un piloto inexperto…

—Kufov no habría confiado su mensaje a un piloto inexperto; nadie, en su sano juicio, cometería una tontería semejante. Por tanto, la avería de su astronave sólo tiene un origen.

—¿Cuál, Red?

—Un ataque de los Hüuthis.

Lysica dio la callada por respuesta.

—De este modo, sé que acabo de decir la verdad —afirmó Mickar.

* * *

Tendido en su cama, Mickar reflexionaba largamente.

A través de la ventana podía divisar las estrellas. ¿Dónde estaba el sistema solar de Kéeg?

Una duda mordía cruelmente su ánimo. Lysica había sido encargada de llevar un mensaje. Pero no iba a llevar un mensaje de un planeta cercano a Kéeg, hallándose en el Sistema Solar.

Sería absurdo, se dijo, hallándose Kéeg a treinta y cuatro años luz de distancia, más de trescientos billones de kilómetros en cifras redondas.

Por tanto, aquellas imágenes, que le habían resultado vagamente conocidas, sólo podían proceder de un planeta del Sistema Solar.

Y ¿cuál era el planeta con ciertas condiciones mínimas de habitabilidad?

Venus, no, dada su excesiva proximidad al Sol y las elevadísimas temperaturas de su superficie, superiores a los quinientos centígrados. El único planeta con cierta atmósfera era...

Se estremeció al llegar a esta conclusión.

Creía haber adivinado la verdad.

¡Marte!

Los Sbarrygl estaban en Marte.

Habían hecho fructificar su superficie, habían conseguido que crecieran los árboles y las plantas... y tenían una pequeña ciudad y agua en abundancia y animales domésticos...

Sencillamente, los kéegianos estaban colonizando el cuarto planeta.

Esto no era demasiado malo en sí, sino que también los Hüuthis pretendían hacer lo mismo.

¿Sobrevendría un conflicto entre gentes de dos mundos por la posesión de Marte?

Y los terrestres ¿no tenían nada que decir al respecto?

Inquieto, desasosegado, se dio cuenta de que no podía conciliar el sueño y se levantó.

Una taza de café le sentaría bien, opinó. Se disponía a salir del cuarto cuando, de pronto, creyó oír ruidos extraños.

Abrió la puerta ligeramente. Una voz, en tonos muy bajos, murmuró:

—Sí, aquí es.

—Vamos, entra; hay que echarle el guante en seguida, antes de que se den cuenta de nuestra presencia —dijo otro individuo.

Dos sombras aparecieron ante los ojos de Mickar. ¿Amin y Lfad?, se preguntó.

Esperó junto a la puerta con los nervios en tensión. Los intrusos se dirigieron hacia el dormitorio.

—Ven, miraremos aquí en primer lugar —dijo uno de ellos.

Mickar se situó al lado de la puerta. Una mano la hizo girar poco a poco. Instantes después, se encendió una linterna.

—Esa cama está vacía —dijo uno de los intrusos.

—Vamos al otro cuarto —propuso su compañero.

Mickar tenía buena memoria auditiva. No, aquéllos no eran Amin y Lfad.

Debía de tratarse de algunos de sus subordinados. ¿Los del banco?

Cuando se hubieron retirado, asomó la cabeza. Los intrusos le daban la espalda.

Uno de ellos abría en aquel instante la puerta del dormitorio de Lysica. A pesar de sus reticencias y sus ambigüedades, Mickar apreciaba a la muchacha y no estaba dispuesto a que le causaran ningún daño.

Caminando de puntillas, se acercó a la pareja. De pronto, tocó en el hombro al más próximo.

El sujeto se volvió.

—¿Qué haces ahí, Tom? No abandones el aeromóvil...

De pronto, se dio cuenta de que no era ningún conocido. Casi en el mismo instante, un puño se estrelló contra su mandíbula con tremenda fuerza.

El sujeto se desplomó fulminantemente. Su compañero se volvió, pero la caída del otro embarazó sus movimientos.

El hombre lanzó un gruñido. Mickar tiró de él con la mano izquierda y levantó el brazo derecho, golpeándole con el codo bajo la mandíbula. Un segundo golpe, de filo, bajo la oreja, lo dejó también fuera de combate en el acto.

Lysica oyó el ruido y se despertó.

—¡Red! ¿Qué sucede?

—No haga ruido —pidió él—. Tenemos visita... No, no encienda la luz.

Lysica se levantó de un salto. Se puso la bata y corrió hacia la puerta del dormitorio.

Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios al ver a los dos hombres caídos en el suelo.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Estaban en el banco cuando fue a sacar dinero —contestó Mickar.

—¡Oh! Pero… ¿cómo han sabido…?

—Eso es lo de menos ahora, Lysica. Lo importante es que hay otro individuo afuera, esperando a esta pareja.

—El piloto del aeromóvil —adivinó ella.

—Justamente —confirmó Mickar—. Y tenemos que inmovilizarle antes de que pueda causarnos daño.

Lysica corrió hacia la parte delantera de la sala. A través de una de las ventanas, consiguió divisar el aeromóvil, a la luz de la luna, parado a pocos metros de distancia.

Mickar llegó con dos pistolas en la mano, capturadas a los intrusos.

—Son armas terrestres. Anticuadas, pero efectivas —dijo.

El piloto esperaba aburridamente en su puesto.

—Voy a darle una sorpresa —anunció Mickar—. Lysica, vigile a esos dos tipos.

Mickar corrió hacia la trasera de la casa y dio un gran rodeo, acercándose al aeromóvil por la parte de atrás. Paso a paso, se aproximó hasta la escotilla y entonces asomó la cabeza y parte del cuerpo por el hueco.

—Hola —dijo alegremente—. Esto es una pistola y hace «¡pum!» cuando se aprieta el gatillo.

El piloto se quedó paralizado por el asombro. Mickar blandió el arma y añadió:—Bájese de ahí, con las manos en alto, y procure no hacer ningún gesto sospechoso.

El individuo obedeció. Con las manos en alto, caminó hacia la casa, en la que las luces estaban ya encendidas.

Entonces Lysica sacó una especie de tubito, con el que apuntó a la cara del sujeto. Apretó un botón y surgió un chorro de gas, que dio de lleno en las narices del prisionero.

—Narcótico —anunció ella sobriamente, mientras el sujeto se desplomaba al suelo—. Los otros también están dormidos.

—Buena idea —aprobó Mickar—. ¿Narcótico kéegiano?

—Sí. Red, hay una cosa que me preocupa.

—¿Cuál es, Lysica?

—¿Cómo han sabido estos tipos nuestro escondite?

Mickar guardó silencio unos momentos.

—¿Por qué no los interroga? —sugirió al cabo.

Ella meneó la cabeza lentamente.

—No hablarán —contestó—. Red, nos guste o no, tendremos que buscarnos otro escondite. Éste ya es conocido de los Hüuthis y aunque retengamos prisioneros a estos tres hombres, Amin y Lfad pueden aparecerse por aquí en cualquier momento.

CAPÍTULO IX

El argumento de Lysica era completamente válido.

—¿Habrán detectado su nave?

—No. Ellos han venido aquí, porque alguien se lo dijo. Su amigo, por ejemplo.

Red sacudió la cabeza.

—No, la filtración no ha venido de Mike Rooney. Procede de otro lugar... Mike no podía saber que usted iría al banco a extraer dinero.

—Es cierto —convino Lysica—. Y mi nave es indetectable aun para los Hüuthis.

Callaron un momento.

De pronto, Mickar chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo.

Lysica le miró ansiosamente.

—Hable, Red —pidió.

—La señora Ormon —dijo él.

—Su vecina.

—No ha podido ser otra. Recuerde que atisbaba por la ventana. ¿A santo de qué iba a pedirme una taza de azúcar una mujer que apenas me daba antes los buenos días y que el día anterior me había puesto verde?

—La señora Ormon —repitió ella pensativamente—. ¿Conocía ella, acaso, su amistad con Mike Rooney?

—Sí —afirmó Mickar—. En cierta ocasión, pasé aquí algunos días y, como esperaba un par de cartas urgentes, le dejé esta dirección a su esposo...

—Lo cual significa que los Ormon son cómplices de Amin y Lfad.

—O tal vez también unos Hüuthis.

Lysica reflexionó unos instantes.

—Tengo medios para saber si son Hüuthis —dijo al cabo—. Y, si no, ellos nos dirán dónde están Amin y Lfad.

—¿Piensa enfrentarse con ellos?

—Red, la reparación de mi nave se va a prolongar más de lo previsto. He hablado con Kufov, pidiéndole un experto; pero no puede enviármelo, porque se saben vigilados por los Hüuthis.

—Por tanto, tiene que arreglárselas usted como pueda.

—Sí, así es.

—¿Y usted cree que los Ormon le dirán dónde están Amin y Lfad? ¿Por qué no se lo pregunta a los prisioneros?

—Ya lo intenté, mientras usted trataba de sorprender al piloto. Uno de ellos me dijo que cuando me hubiesen capturado, tenían orden de aguardar aquí, en este mismo lugar...

—En ese caso, ¿por qué no esperamos nosotros?

—Porque tengo miedo de que destruyan mi nave, Red.

—Pero ha dicho que es indetectable.

—Y lo es, claro. No nos han encontrado por detección, sino por una confidencia. Al ver que los prisioneros no envían el mensaje, Amin y Lfad pueden arrasar el lugar y destruirán mi nave.

—¿Aunque esté en otra dimensión?

—Enviarán un proyectil a la otra dimensión... Red, tenemos que contraatacar —exclamó ella, sumamente agitada.

—Contraatacar, está bien. ¿A muerte?

Los ojos de Lysica brillaron.

—Espero que las cosas no lleguen hasta ese extremo —contestó.

—Conforme —dijo Mickar—. Vamos a ver a los Ormon. ¿Y después?

—Los inutilizaremos y... ¿No podría usted alquilar una casa en otro sitio? Un lugar retirado como éste, donde nadie pueda encontrarnos en una semana. Con seis o siete días, tendría todo listo y...

—Buscaré esa casa —dijo él resignadamente—. ¿Cómo vamos a volver a la mía?

—Cada uno en su aparato. Red. Nos reuniremos allí y luego iremos a visitar a los Ormon.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos con los prisioneros?

—Déjelos. Dormirán doce horas, por lo menos.

—Lo cual no deja de ser muy conveniente —sonrió él—. Pero no quiero que nos den más disgustos.

Salió al patio y levantó la tapa posterior del aparato, que permitía el acceso a los motores antigravitatorios. Arrancó un buen puñado de cables y los lanzó detrás de unos matorrales. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Cuando quiera, Lysica.

—Ahora mismo. Red.

Faltaban unos treinta minutos para el amanecer, cuando se acercaron a la casa de los Ormon sin hacer ruido.

Mickar conocía la distribución del edificio y buscó, por la parte de afuera, el dormitorio del matrimonio. La ventana estaba abierta y a través del hueco salían unos sonidos inconfundibles.

Mickar acercó sus labios al oído de la muchacha.

—Esos ronquidos son enteramente terrestres, Lysica.

—Si son tan humanos como usted, están sujetos a los mismos defectos —contestó ella.

—Bueno, averigüe de una vez si son Hüuthis o terrestres.

Lysica sacó una especie de tubito que encaró hacia el lecho del matrimonio. Una luz anaranjada se encendió en el extremo opuesto y osciló rítmicamente.

—Terrestres —dijo al cabo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó él, asombrado.

La luz anaranjada se apagó.

—He lanzado una proyección mental o su cerebro. La respuesta, de haber sido positiva, habría originado un resplandor blanco, ligeramente azulado.

—Sí que están ustedes adelantados —refunfuñó él—. En resumen, durante su sueño, usted les ha preguntado por el lugar de su nacimiento.

—Exactamente, Red.

—Bien, pues ahora tenemos que preguntarles dónde están Amin y Lfad. ¿Entramos, Lysica?

—¿Por la ventana?

—De nada serviría dar la vuelta por la puerta, teniendo el objetivo tan a mano.

—Es verdad —sonrió ella—. No vamos a tocar el timbre de

llamada, claro.

Mickar pasó las dos piernas por el alféizar y se dejó caer en el dormitorio. Lysica le siguió en el acto.

Los esposos Ormon dormían apaciblemente. El hombre roncaba a más y mejor, boca arriba en la cama. La mujer daba la sensación de no despertarse más que cuando sonaba el cañón de la amanecida.

Mickar tosió un par de veces. Los Ormon no se dieron por enterados de su intrusión.

—Tendré que pegarles un grito —dijo.

—¡Fuego! —chilló Lysica repentinamente.

—¡Fuego! —gritó el joven.

Los Ormon despertaron terriblemente sobresaltados.

—¿Qué se quema, Edwina? —gritó el hombre.

—¿Por qué lo preguntas? —exclamó ella—. ¿No eres tú el que has gritado «fuego»?

—¿Yo? Has sido tú; yo dormía como un tronco...

—¡Ejem, ejem! —tosió Mickar—. Señor Ormon, señora Ormon...

La mujer pegó un chillido.

—¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Policía!

—No tenemos dinero... —gimoteó el señor Ormon.

—¿Por qué no llaman a Amin y a Lfad? —sugirió Lysica.

Dentro del dormitorio apenas si se veía nada. Después de aquellas palabras, se hizo un silencio total.

Mickar advirtió un movimiento sospechoso en el hombre.

—¡Cuidado! —advirtió—. Le estoy apuntando con una pistola, señor Ormon.

El individuo se quedó quieto en el acto. Su mujer empezó a gemir.

—Encienda la luz —ordenó Mickar—. Y no olvide mi pistola. Lysica, mire debajo de las almohadas.

Ormon apretó el interruptor y las tinieblas se disiparon. En el mismo instante, la muchacha metió una mano bajo las dos almohadas, sucesivamente.

—Un revólver pequeño. Red —informó al cabo de unos instantes.

—Muy bien —contestó el joven—. Señor Ormon, ¿dónde están Amin y Lfad?

—No sé quiénes son esos tipos...

La pistola de Mickar apuntó directamente al cráneo del dueño de la casa.

—Le doy exactamente diez segundos para que conteste a mi pregunta —dijo con glacial acento—. Pasado ese tiempo, le mataré.

Ormon se puso a temblar.

—Le juro que no sé dónde están... Sólo puedo indicarle un número de visófono...

—Démelo —exigió Mickar.

—Pero no puedo llamarles —alegó Ormon.

—¿Por qué?

—Sólo debo hacerlo a determinadas horas..., las doce del mediodía y a la medianoche...

—Eso no importa —contestó Mickar—. Deme ese número.

—Espere, lo tengo en mi agenda... Iré a mi despacho.

—¡Lo tiene en la cabeza! —exclamó el joven—. Amin y Lfad les han pagado demasiado bien como para anotar ese número en un papel.

—¡Qué listo es usted! —bisbiseó Lysica.

—Es de sentido común —sonrió Mickar—. El número, señor Ormon.

—Es el..., el 4F-YT-122, señor...

—Muy bien, suficiente. Lysica, ¿quiere encargarse de estos dos bigardos?

—Con mucho gusto.

Segundos después, los esposos Ormon reanudaban el sueño interrumpido.

—Lysica —dijo el joven, cuando ella hubo terminado la operación de anestesia.

—Sí, Red.

—Yo voy a ver si encuentro la casa adecuada para que usted pueda trabajar sin interferencias —manifestó Mickar—. Usted se quedará en mi casa, puesto que nadie ve ni detecta su astronave. Cuando vayan a transcurrir doce horas, si no he regresado, haga que los Ormon vuelvan a dormirse. ¿Está claro?

Lysica frunció el ceño.

—¿Cree que va a tardar tanto tiempo en regresar? —preguntó.

—Es mejor estar prevenido —contestó él lacónicamente.

CAPÍTULO X

—¿Qué se hace cuando uno conoce un número de visófono, pero no el domicilio correspondiente y quiere visitar al dueño de ese visófono, comisario?

—¿Por qué me lo preguntas, Red? —quiso saber Manuel Gómez, comisario de policía.

—Ya te he dicho suficiente, muchacho —sonrió Mickar—. Vosotros lo averiguáis rápidamente cuando os hace falta, ¿no es así?

—Cierto, pero...

—Vamos, comisario, ¿somos amigos o no?

—¿Qué pasa en ese visófono? —preguntó el policía suspicazmente.

—Tengo entendido que vive una chica muy guapa. Quiero darle una sorpresa, Manuel.

—¡Hum! No me fío de ti... Me vas a poner en un compromiso...

—¿Yo? Si hace meses que no te veo. Hoy, por ejemplo, no he estado en tu comisaría; estaba pescando en el río.

El policía se echó a reír.

—¿Seguro que se trata de una chica guapa, Red?

—Te enseñaré la fotografía uno de estos días —contestó Mickar, pensando en Lysica.

—Está bien. Has averiguado su número de visó- fono, pero no su domicilio.

—Y quiero enviarle un ramo de doce rosas rojas.

—Estupendo. ¡Qué suerte tenéis los solteros! —suspiró el policía.

Minutos más tarde, Mickar se hallaba en posesión del dato deseado. Al fijarse en la dirección, encontró que Amin y Lfad residían en una de las arterias más importantes de la ciudad.

—Donde el alquiler de un ínfimo cuchitril es accesible solamente para millonarios —masculló—. ¿De dónde sacarán el dinero esos «marcianos»?

Voló mesuradamente hasta situarse en las inmediaciones de la casa cuyas señas le había facilitado su amigo el policía. Buscó un lugar adecuado para estacionar el aeromóvil.

A prevención no quiso hacerlo en la azotea del edificio. Era posible que los Hüuthis tuvieran el suyo allí. Si llegaban a las doce para recibir cualquier posible llamada, podrían ver uno extraño y concebir sospechas.

Era mejor el acercamiento por la vía clásica. Cruzó la acera, entró en el edificio y el ascensor le llevó en pocos momentos hasta la planta donde los Hüuthis tenían alquilado un departamento.

Buscó la puerta correspondiente y tocó el timbre de llamada. No esperaba encontrarlos en casa; más bien lo hacía para cerciorarse de su ausencia.

Pero, inesperadamente, la puerta se abrió. Mickar se encontró de repente cara a cara con Amin.

La sorpresa de Amin fue aún mayor que la suya. Mickar, no obstante, no le dio tiempo a reaccionar.

Disparó el puño. Alcanzado de lleno en el mentón, Amin se desplomó en el acto.

Mickar cruzó el umbral y cerró la puerta. Luego se inclinó sobre el caído y lo registró minuciosamente, desposeyéndole de unos cuantos objetos que depositó sobre una mesa.

Amin continuaba inconsciente. Mickar recorrió rápidamente el departamento, hallándolo vacío. Disponía de terraza y cerró la puerta. Si Lfad regresaba estando él allí, no quería recibir ninguna sorpresa.

El Hüuthi despertó minutos más tarde. Tardó un poco en recobrar la plena consciencia de lo que le sucedía.

Se sentó en el suelo. Mickar estaba en un sillón, frente a él.

Amin se llevó la mano al cinturón. El joven sonrió.

—No lo tiene —dijo.

—Me lo ha quitado usted —gruñó Amin.

—Lo admito.

—Devuélvamelo. Su manejo es peligroso para quien lo desconoce.

—Más peligroso sería que se lo devolviera —contestó Mickar—. ¿Dónde está Lfad?

—Por ahí —dijo el Hüuthi ambiguamente.

—No es usted muy explícito. —Mickar jugueteaba con la pistola —. Es mucho más anticuada que sus aparatos, pero mata perfectamente, se lo garantizo.

Amin palideció.

—Usted no es capaz de cometer un asesinato a sangre fría —dijo.

—¿Quién sabe? Si me pongo de mal humor, puede que me dé por apretar el gatillo.

—A usted le ha seducido esa chica —refunfuñó Amin.

—Pues... no diría que no... —contestó Mickar de buen humor—. A fin de cuentas, los Sbarrygls han tenido mucho mejor gusto que ustedes, haciendo operar a una joven hermosa, en lugar de dos hombres más bien feos. Lysica me gusta mucho, créame.

—Comprendo —murmuró Amin—. ¿Qué es lo que quiere usted de nosotros?

Mickar consultó su reloj.

—Todavía falta mucho rato para las doce —dijo—. ¿Qué le parece si esperamos el regreso de su compinche?

* * *

Lfad fue puntual.

A las doce, Mickar oyó ruido de una llave en la puerta. Situado en el lado contrario de la misma, esperó en silencio.

Lfad abrió y cruzó el umbral. Dio dos pasos y se quedó estupefacto, mudo de asombro.

Amin estaba sentado frente a la entrada, atado a un sillón y amordazado. Lfad tardó algunos segundos en reaccionar.

Cuando quiso hacerlo, era ya tarde. Algo duro y frío se apoyó en su nuca.

—Esto es una pistola terrestre —anunció Mickar—. Si no levanta las manos instantáneamente, dispararé.

Lfad obedeció en el acto.

—Usted es Mickar —acusó.

—¡Diana! —dijo el joven burlonamente—. Lfad, preste atención

a lo que voy a decirle. Hágalo de buen grado o los resultados serán desastrosos para usted. Suéltese inmediatamente su cinturón traslatorio y déjelo caer al suelo. Esto de momento. Después...

—¿Cómo sabe que no desaparecerá cuando ponga las manos sobre la hebilla? —preguntó Lfad tranquilamente.

—Por la sencilla razón de que no quiere que muera su amigo Amin —contestó Mickar.

—¿Sería capaz de matarlo?

—Esfúmese y vuelva luego. Encontrará un cadáver.

El tono de Mickar era demasiado contundente para que Lfad abrigara dudas al respecto. Su cinturón cayó al suelo instantes más tarde.

—¿Por qué hace todo eso? —preguntó.

—Se lo diré ahora mismo —respondió el joven—. Porque ustedes y los Sbarrygls se están disputando algo que nos pertenece a nosotros, los terrestres.

Lfad inspiró con fuerza.

—Marte no es de nadie —dijo.

—¿Está seguro? Hace tiempo que los terrestres instalamos allí algunas colonias. Sobreviven difícilmente, es cierto, pero con el paso del tiempo, acabaremos poblando el planeta.

Lfad se echó a reír.

—Llevan ya cincuenta años en Marte y apenas hay allí dos mil terrestres —exclamó.

—Ahora, en la Tierra, vivimos más de diez mil millones. Hubo un tiempo en que no había sino una pareja —contestó Mickar muy serio.

—Pero las condiciones...

—Sí, aquí son favorables, en tanto que en Marte son muy duras. Bueno, no tenemos ninguna prisa, Lfad. Lo que no queremos es que ustedes y los Sbarrygls nos organicen una guerra cósmica, de la cual pueda resultar destruido este planeta.

—Bien, y ¿qué hará en tal caso con nosotros?

—Desposeyéndoles de sus cinturones, no podrán volver a su nave y quedarán incomunicados de Samaroo, su planeta. Entonces no les quedará otro remedio que adaptarse a la vida terrestre... para siempre.

Lfad calló un momento.

—¿Y la chica? —preguntó al cabo.

—Ése es un problema muy particular mío —contestó Mickar—. Ponga las manos a la espalda, por favor.

Lfad obedeció. Momentos después, estaba haciendo compañía a Amin en un sillón contiguo.

Mickar se despidió de la pareja.

—Ustedes no son tontos, de modo que tarde o temprano acabarán por desatarse —dijo, a guisa de despedida—. Por favor, no intenten molestarnos. La próxima vez no sería tan considerado como ustedes.

Recogió los cinturones, abrió la puerta y salió, cerrando por fuera con llave.

Amin y Lfad ya no podrían volver a su astronave.

* * *

Los dos cinturones cayeron a los pies de la chica. Lysica miró estupefacta a Mickar.

—¿De, dónde los ha sacado? —preguntó.

—Como decimos aquí, he arrancado los dientes a sus dos rivales —sonrió él.

—Desarmó a los Hüuthis.

Lysica se sentía estupefacta.

—Así es. Ahora ya no podrán trasladarse instantáneamente ni volver a su nave. Se quedarán en la Tierra para siempre, Lysica.

—Es usted un hombre terrible —sonrió ella.

—Empleo métodos de mi planeta —contestó Mickar—. ¿Le parece mal?

—Oh, no, ha estado magnífico —alabó la muchacha—. Ahora podré trabajar en la reparación de mi nave sin temor a ser sorprendida. Suponiendo, claro está, que haya conseguido la casa.

—Es verdad, lo había olvidado. Tengo esa casa, en efecto, pero existe un inconveniente para ocuparla.

—¿Cuál es, Red?

—El dinero, Lysica.

—Pero ¿por qué no me lo dijo antes? ¿Cuánto le falta, Red?

—Cuatro mil dólares. Ya he dado un pequeño anticipo a cuenta, pero resulta que el agente de fincas, que obra en representación del

propietario, exige seis meses de alquiler como mínimo.

—¡Qué bandido! —se escandalizó la joven—. ¿Es legal, Red?

—El dueño de la casa hace lo que quiere —contestó él.

—Muy bien, le daré el dinero ahora mismo...

Mickar consultó su reloj.

—Será mañana; hoy ya es demasiado tarde —dijo—. Mientras ¿por qué no se entretiene un poco en su nave?

—Está bien. Me llevaré los cinturones de Amin y Lfad. Ha sido una buena idea, Red.

—Gracias, Lysica. Oiga ¿por qué son tan parecidos los cinturones, procediendo de distintos planetas?

—Red, aquí los aeromóviles son parecidos externamente, pero todos, más o menos, funcionan lo mismo, ¿verdad?

—Sí, claro; hay muchas fábricas en distintos continentes...

—Lo mismo pasa allí, en nuestro sistema solar. Red.

—Eso lo explica todo. Lysica, la cena a las siete y media en punto.

—Seré puntual —prometió ella.

CAPÍTULO XI

A las nueve en punto, al día siguiente, se hallaban en el despacho del agente de fincas.

Mickar presentó a la muchacha al agente, cuyo nombre era Miles Shadd. Shadd se mostró conforme en extender el contrato apenas ella dijo que estaba dispuesta a pagar el importe del alquiler.

—¿Qué pasa si yo estoy en esa casa menos de seis meses? —preguntó Lysica.

Shadd se encogió de hombros.

—Bueno —fue todo lo que dijo.

Mickar miró a la muchacha, como disculpándose por la actitud del agente. Éste llamó a su secretaria y le ordenó que extendiese el contrato.

La secretaria preparó los documentos en pocos minutos. Una vez estuvieron listos, Shadd dijo:

—El dinero.

Lysica abrió su bolso y sacó un fajo de billetes, contados ya de antemano.

—Treinta y cinco billetes de cien dólares —dijo—. Ayer le entregaron quinientos a cuenta.

—Sí —contestó Shadd.

El agente empezó a contar los billetes parsimoniosamente.

Mickar echaba humo. La cachaza, poco cortés, ciertamente, de Shadd, le sacaba de quicio.

De pronto, Shadd lanzó un gruñido.

Separó un billete y lo contempló al trasluz. Luego miró otro y otro y otro...

—Son unos billetes maravillosamente imitados —dijo—. Lo que pasa es que todos tienen el mismo número.

Mickar saltó en su asiento.

—¿Qué? —chilló.

Agarró un puñado de billetes y los examinó rápidamente.

Creyó desmayarse. Shadd había dicho la verdad.

—Pero... ¿cómo es posible tal cosa? —masculló.

Shadd no le hacía caso. Se había precipitado sobre el interfono y chillaba a su secretaria:

—¡Avise a la policía, pronto! ¡Son monederos falsos! ¡Pronto, pronto!

Mickar se puso en pie.

—¡Lysica, tenemos que largarnos de aquí! —exclamó.

La muchacha comprendió sus intenciones. Pero Shadd fue más rápido que ellos y sacó una pistola de uno de los cajones de su mesa.

—¡Quietos! —exclamó—. No consentiré que huyan. Esperarán aquí la llegada de la policía y responderán por el delito de falsificación de billetes de banco.

Hubo una pausa de silencio. Mickar se daba a todos los demonios.

¿Qué explicaciones daría a la policía?, si él mismo ignoraba la forma en que habían llegado los billetes a manos de la muchacha.

La voz de la secretaria surgió a través del interfono:

—La policía está avisada, señor Shadd.

El agente de fincas sonrió venenosamente.

—Muy bien, muchas gracias, señorita.

De repente, Lysica se colgó del cuello de Mickar.

—Nos llevarán a la cárcel... —gimió.

Mickar no sabía qué decir. De súbito, se encontró en el interior de la astronave.

—¿Qué ha hecho usted? —gritó él.

Lysica deshizo el abrazo y sonrió.

—Nunca me desplazo sin mi cinturón traslatorio —contestó.

Mickar se desplomó en un sillón.

—¿Qué le pasará a Shadd? —exclamó.

—¿Le gustaría saberlo?

— Hombre...

Mickar no supo lo que hizo la muchacha, pero de repente vio a Shadd en una de las pantallas, moviendo las manos como si cazase moscas. La cara del agente de fincas movía a risa.

—Está volviéndose loco porque no sabe cómo hemos desaparecido —dijo Lysica riendo a mandíbula batiente.

Pero Mickar no tenía ganas de reír.

—Esto no es cosa de broma —refunfuñó.

—Hemos escapado, ¿no? —dijo ella.

—Pero yo soy terrestre y me quedaré aquí. Di mi nombre, mi dirección, como avalador de su contrato... Los tiene Shadd y facilitará mis datos a la policía. Enseñará los billetes, vendrán a buscarme...

Lysica se puso seria.

—Espere un momento —rogó—. Déjeme pensar...

Mickar encendió un cigarrillo. Sentíase desmadejado.

De pronto, Lysica exclamó:

—Siga aquí y no se mueva, Red. Volveré en seguida... y esté atento a la pantalla.

La muchacha desapareció en el acto. Mickar se dio cuenta de que, en el mismo momento, dos policías de uniforme irrumpían en el despacho de Shadd.

El agente de fincas les enseñó unos cuantos billetes. De súbito, Lysica se hizo visible.

La inesperada aparición de la muchacha provocó un pequeño jaleo en la oficina. Uno de los policías, sorprendido, se cayó de espaldas.

Al caerse, golpeó con un hombro el botellón de agua y lo tiró. El recipiente se rompió con gran estrépito y su contenido inundó el suelo.

El otro agente quiso abrazar a Lysica y se encontró con Shadd entre sus brazos. Lysica, moviéndose con increíble velocidad, recuperó todos los billetes, mientras los tres hombres entrechocaban con gran alboroto, atropellándose unos a otros en su afán de detener a la muchacha.

Pero no lo consiguieron. Lysica, finalmente, se esfumó una vez más. Ahora seguro de que ya no habría pruebas para acusarle, Mickar reía a mandíbula batiente.

Lysica se corporeizó dentro de la nave a los pocos momentos.

—¿Qué le ha parecido, Red? —preguntó.

Tenía los ojos brillantes y las mejillas encarnadas. Mickar se puso en pie.

—De buena gana le daría un beso y un abrazo —contestó.

—Que sea solamente teórico —contestó ella.

—Para desgracia mía —suspiró Mickar—. Bien, enséñeme los billetes, Lysica. Dígame —rogó—. ¿de dónde los ha sacado usted?

La chica apretó los labios.

—¿Tiene algún cómplice? —preguntó él, en vista de su silencio.

Lysica movió la cabeza negativamente.

—Estaba roja como una guinda.

—Vamos, conteste —pidió Mickar, extrañado por aquellas calladas respuestas—. ¿Tiene miedo de que la delate a los agentes del Tesoro?

Ella volvió a mover la cabeza de izquierda a derecha.

De súbito, Mickar creyó comprender.

Los Sbarrygls, como los Hüuthis, poseían aparatos complicadísimos, capaces de hacer cosas que en la Tierra se desconocían por completo.

—¿Cuánto gastó en materiales para construir los repuestos? —preguntó.

—Nueve mil ochocientos y pico —contestó ella.

—Entonces usted tomó el último billete de cien dólares y lo reprodujo cuarenta veces —acusó. Mickar.

—Sí —admitió Lysica con voz tan delgada como un hilo.

Mickar se pegó una palmada en la frente.

—¡Mujer! ¿Por qué no me lo advirtió previamente?

—Es que yo… —Ella parecía a punto de echarse a llorar—. Bueno, no conozco las costumbres de la Tierra tan bien como ustedes… Ni siquiera se me ocurrió pensar que mi máquina reproduciría su billete con toda fidelidad…

—Debió haberle adaptado una numeradora —gruñó él—. Bueno, queme esos billetes y enviemos al diablo la casa de Shadd.

—Sí, Red —contestó Lysica humildemente.

—Y ahora —siguió Mickar—, si quiere arreglar la nave, no le queda más que una solución.

—¿Cuál, por favor?

—Vuélvase a Marte y haga que se la arregle Kufov.

—Sí, Red.

La joven se dirigió hacia una de las cámaras interiores de la nave. De pronto, pegó un chillido que hizo dar un bote a Mickar en su asiento.

—¡¡Red!!

—¿Qué le sucede, muchacha? —inquirió él, alarmado.

—¿Cómo sabe que tengo que ir a Marte para que me repasen la nave?

Mickar y Lysica se miraron mutuamente durante unos segundos.

Ella tenía la cara tan blanca como la nieve.

—Su proyección me lo hizo saber —declaró Mickar al cabo.

—Y ha callado todos estos días.

—Usted no quería revelar el secreto... mejor dicho, no quería compartirlo conmigo.

—Lo siento, Red; yo tenía, y tengo, determinadas instrucciones...

—Entonces, sígalas —contestó él.

—No está enfadado conmigo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a estarlo, chiquilla? Comprendo su posición, eso es todo. Lo adiviné la misma noche en que proyectó el mensaje de informes de Kufov. Y los Hüuthis, Amin, concretamente, me lo corroboraron.

Lysica dulcificó su gesto.

—Gracias, Red; es usted muy bueno —dijo.

Y salió de la cámara de mando.

Minutos después, volvió con una bandeja en las manos.

—Café y pastas —dijo—. Creo que es hora de tomar un refrigerio.

—A estilo terrestre en una nave extraterrestre —sonrió él.

—¿Le desagrada?

Mickar mordisqueó una pasta.

—Lo único que me desagrada es que pronto dejaré de verla para siempre —contestó.

Lysica no dijo nada. Pero Mickar, que espiaba atentamente sus reacciones, se dio cuenta de que la muchacha hacía esfuerzos para no echarse a llorar.

* * *

Mickar lanzó un suspiro.

Todo volvía a estar de nuevo como antes. De nuevo se sumergía en su rutina cotidiana.

Lysica se había ido. Le ayudó a salir de la nave, se despidió de él con un breve apretón de manos y luego desapareció de su vista.

—Como si fuera un fantasma —murmuró.

Marcó en la dispensadora de alimentos el programa de la cena. Pero apenas si probó el contenido de los platos.

Sentíase triste. Claramente se daba cuenta de que le iba a costar mucho olvidar a Lysica.

No obstante, confiaba en volver a verla algún día.

Estaba seguro de que Lysica volvería. Además, los Hüuthis continuaban en la Tierra.

Todavía era preciso contar con Amin y Lfad.

CAPÍTULO XII

Algunas de las luces de la casa estaban encendidas.

Súbitamente, se apagaron. La oscuridad cayó sobre el lugar.

Pasaron algunos minutos. Unas sombras se movieron cautelosamente sobre el suelo.

—Busca con cuidado —dijo Amin.

—Tiene que estar por aquí —cuchicheó el otro.

Los Hüuthis avanzaron paso a paso.

—Es un tipo peligroso —comentó Amin.

—¿A quién se lo dices? —respondió Lfad amargamente.

La pareja ganó media docena de metros.

De pronto, Amin lanzó una exclamación.

—¿Dónde diablos está Mickar?

—No puede haber escapado —dijo Lfad, desconcertado.

—No, no he escapado —habló Mickar repentinamente—. Por favor, estiren los brazos; no tengo ganas de emprenderla a tiros con ustedes.

Amin y Lfad estaban atónitos.

—Pero... está vestido... —balbució el primero.

—En efecto —sonrió Mickar—. Esperaba que me jugasen una trastada por el estilo y se me ocurrió dormir al aire libre, fuera de mi casa. ¡Cuidado, Lfad!

El aludido separó sus manos vivamente del cinturón.

—¿Dónde está la chica? —inquirió con acento de rabia.

—En Kéeg. Vayan allí a buscarla.

Los Hüuthis intercambiaron una mirada.

—Dice la verdad —manifestó Lfad.

Amin tenía las mandíbulas contraídas.

—Ha estado, protegiéndola a ella. Usted debió mostrarse neutral —acusó.

—Ya les dije que ella es joven y bonita… y los terrestres sentimos debilidad por ayudar a las damas en apuros —sonrió Mickar.

—Está bien, nos iremos…

—Pero sin los cinturones nuevos. Supongo que tendrían repuestos en alguna parte, ¿no es así?

Lfad se puso rígido.

—Esta vez no dejaremos que nos los quite, a menos que nos mate ahora mismo.

Mickar comprendió que el Hüuthi no bromeaba.

Pero al mismo tiempo no sentía deseos de que le gastasen ninguna otra jugarreta. Y, por otra parte, Amin no dejaba de tener cierta razón.

Él debía de haberse mostrado neutral. A fin de cuentas, ¿qué pretendían los Sbarrygls sino lo mismo que los Hüuthis?

Hubo una pausa de silencio. Mickar se sentía irresoluto.

De súbito, una luz brillantísima cayó sobre el trío, a la vez que un altoparlante situado en las alturas dejaba oír una orden de términos conminatorios:

—¡Permanezcan donde están o tiraremos a matar! ¡Es una orden de la Policía!

* * *

El aeromóvil policial descendió lentamente. Apenas se hubo posado en tierra el tren de aterrizaje, cuatro hombres saltaron fuera.

Dos iban uniformados. Los otros vestían ropas de paisano.

Alguien lanzó un excitado chillido:

—¡Ése es, sargento! ¡Ése es el tipo que vino con la chica y los billetes falsos a mi despacho!

Mickar respingó.

Había llegado a olvidarse por completo de Shadd, el agente de fincas. Ahora, cuando menos lo esperaba, se le aparecía inoportunamente, acompañado de unos cuantos funcionarios policiales.

—¿Señor Mickar? —dijo el jefe de la fuerza—. Soy el sargento

Adamson. El señor Shadd ha presentado una denuncia contra usted por el delito de falsificación de moneda.

Mickar hizo un esfuerzo para sonreír, a la vez que separaba los brazos del cuerpo.

—Tengo la vaga sospecha de que el señor Shadd se equivoca rotundamente —contestó—. No sé de dónde se ha podido sacarse esa idea de que yo soy un monedero falso. ¿Quiere registrarme, sargento?

El policía vaciló. La seguridad del joven le hacía sentirse indeciso.

—¡Le digo que vi los billetes! —insistió Shadd—. Todos eran iguales, pero aquéllos más que otros, puesto que todos tenían el mismo número.

—Pero, bueno, vamos a ver —dijo Mickar de mal humor—, usted, ¿por qué ha venido aquí: para cumplir un deber cívico o porque le ha fallado su negocio de ladrón?

—¡Sargento, me está insultando! —chilló Shadd.

—¿Dónde están los quinientos dólares que le di como anticipo? —exigió el joven.

—Usted los ha perdido, al no firmar el contrato...

—¡Cállense de una vez! —bramó el sargento Adamson—. Señor Mickar, tengo un mandamiento judicial que me autoriza a registrar su casa.

—Adelante, adelante, sargento —contestó el joven de buen humor—. Registre mi casa; le aseguro que no encontrará en ella ni un solo billete falso. Por cierto —añadió, mirando a Amin con el rabillo del ojo—, ¿dónde está mi casa?

—Eso, ¿dónde está su casa? —repitió Shadd.

El agente de fincas miraba desorientado en todas direcciones.

—Yo se la vendí al anterior inquilino —manifestó—. Después me desinteresé de ella, pero la conocía muy bien...

Adamson frunció el ceño.

—Señor Shadd, ¿está seguro de que la casa del señor Mickar está aquí? —preguntó.

El pobre Shadd no sabía qué decir.

Su desconcierto era total.

—Aquí... aquí estaba la entrada... ¡Ese hombre la habrá destruido para evitar que encontrasen las pruebas!

—Y me he comido los escombros y los muebles —dijo Mickar sarcásticamente—. Tengo un estómago de Gargantúa…

Adamson meneó la cabeza.

—Señor Shadd, temo que si sus acusaciones son infundadas, habré de dejar libre al señor Mickar —declaró.

Shadd se sentía furioso por su fracaso. De pronto, apuntó a los Hüuthis, a la vez que emitía otro de sus coléricos berridos:

—¿Qué me dice de esos dos tipos? ¡Estoy seguro de que son sus cómplices, sargento! ¿Por qué no ordena que los registren?

Mickar se fijó en que Amin y Lfad intercambiaban una mirada. El primero hizo un imperceptible gesto de asentimiento.

Era preciso cooperar con la policía, entendió Mickar el significado de aquel gesto. Lfad fue a contestar en sentido negativo, pero ya el sargento Adamson había dado una orden a sus agentes:

—¡Regístrenlos!

Amin y Lfad se sometieron mansamente al registro. A Lfad, uno de los policías le encontró varios billetes de cien dólares.

—Vea, sargento —dijo.

El lugar estaba brillantemente iluminado por los reflectores del vehículo policial. Adamson tomó los billetes y empezó a examinarlos con toda atención.

Shadd miraba por encima de su hombro. De repente, lanzó una exclamación:

—¡Mire! ¡Ésos dos billetes tienen el mismo número!

El sargento respingó.

—¡Es verdad! —exclamó.

Y miró acusadoramente a los dos Hüuthis.

—¡Son sus cómplices, son sus cómplices…! —chillaba Shadd.

—Tendré que llevarlos detenidos —dijo el sargento—. Ya se explicarán en la Comisaría y luego ante el juez.

Amin y Lfad simularon resignarse. Los dos a una, sin embargo, acercaron sus respectivas manos derechas a los cinturones.

Mickar adivinó lo que iba a ocurrir. De repente, dio un salto y se abrazó a Amin.

Y en el mismo momento, los tres acusados desaparecieron del lugar instantáneamente.

Los dos policías de uniforme se quedaron atónitos. Adamson empezó a dar manotazos al aire, a diestro y siniestro.

—¿Dónde, dónde se han metido ustedes? ¡Salgan de ahí! ¡No se escondan!

Shadd se tapó la cara con las manos.

—Son espíritus incorpóreos... —sollozó.

Adamson se quedó parado. Todavía conservaba en la mano los billetes arrebatados a Lfad.

—Pero, ¿dónde diablos se han metido esos tipos? —rugió—. ¡Búsquenlos! —se dirigió a sus hombres, que parecían estatuas de piedra—. ¡Están escondidos entre la maleza, entre los árboles! ¡Búsquenlos, con cien mil rayos!

* * *

—Será mejor que me suelte —dijo Amin de mal humor.

Mickar deshizo el abrazo.

—Gracias por el... transporte —contestó.

Paseó la vista a su alrededor.

—No está mal —alabó—. Pero me parece que las naves Sbarrygls están mejor terminadas que las Hüuthis.

—¿Conoce usted la de Lysica? —preguntó Lfad.

—Por supuesto.

—¿Dónde está ella ahora? —quiso saber Amin, tercamente.

Mickar hizo un gesto con la mano.

—¡Se esfumó!

Amin se esforzó para mantener la calma. Mickar se dedicó a contemplar el interior de la astronave Hüuthi.

—Repito que no está mal —dijo—. Pero sus decoradores podrían haber hecho las cosas con un poco de mejor gusto.

—Entre nosotros, predomina la utilidad más que la comodidad —refunfuñó Lfad.

—Siguiendo esa línea, podrían haber acoplado un motor a una escoba, convirtiéndola así en astronave. Bastaría luego ponerse un traje espacial...

—¿Una escoba? —repitió Amin, atónito.

—Era una nave que usaban algunas mujeres terrestres en la antigüedad —dijo el joven de buen humor—. Pero se ha perdido el secreto de su... propulsión y ya no se emplean las escobas sino para barrer. Una pregunta, Amin.

—Está bien, hágala —admitió el nombrado a regañadientes.

—Ustedes son Hüuthis. Lysica es una Sbarrygl. Ella procede de Kéeg. Ustedes vienen de Samaroo. ¿No cree que resultaría más lógico decir keegiano y samaroano en lugar de Sbarrygl y Hüuthi?

—Ésas son las palabras que designan nuestra procedencia en los idiomas que allí se hablan —contestó Amin.

—Será mejor que nos dejemos de cuestiones lingüísticas —intervino Lfad—. Lo que nos interesa es saber dónde está Lysica.

—A mí me interesa mucho más otra cosa —manifestó Mickar—. Ustedes, tarde o temprano, se irán y yo me quedaré en la Tierra... acusado de monedero falso. ¿Cómo se le ocurrió esa estupidez, Lfad?

—Sí, ¿cómo se te ocurrió? —recalcó Amin.

Lfad estaba confundido.

—Necesitaba dinero y el banco estaba cerrado —se excusó.

—¿Es que no se dio cuenta de que su reproductora multiplicaría los billetes, sin la menor variación? —exclamó Mickar—. Es una máquina, Lfad; si usted no tuvo la suficiente imaginación para prever que la reproductora imprimiría siempre el mismo modelo de serie, ¿cómo podría esperar que ella lo hiciese por sí, sin instrucciones al respecto?

Lfad estaba confundido.

—¿Cuántos billetes reprodujo? —inquirió el joven.

—Ocho o diez. Gasté la mitad, aproximadamente y la otra mitad...

—Sí, es la que tiene el sargento Adamson. —Mickar extendió la mano—. Vaya y vea si está a tiempo de recuperarlos.

—¿Por qué? Ese dinero no me importa a mí en absoluto.

—Pero a mí, sí, porque no quiero que un día me acusen de monedero falso. Vaya y tráigame esos billetes o...

—¿O qué? —preguntó Amin.

—O continuaré siendo parcial en favor de Lysica —contestó Mickar tajantemente.

CAPÍTULO XIII

Lfad se materializó de nuevo. En su mano derecha se veían varios billetes de cien dólares.

—¿Qué ha dicho el sargento? —preguntó Mickar.

Lfad sonrió.

—Puede figurarse su cara de sorpresa —contestó—. Me vio aparecer y se quedó como una estatua. Entonces, le cogí los billetes y... Uno de sus hombres se desmayó. El otro dijo no sé qué de que la cena la había sentado mal. ¿Qué tiene que ver eso con mi aparición?

—Seguramente quiso decir que tenía una pesadilla —repuso el joven—. Queme esos billetes inmediatamente y no se le ocurra reproducirlos jamás.

—Instalaremos una numeradora en la máquina... —empezó a decir Amin.

Mickar le interrumpió en el acto.

—¡Ni lo intente! —exclamó—. No tengo ganas de que su artefacto nos hunda nuestro sistema monetario. ¡Queme esos billetes, Lfad!

El Hüuthi obedeció de inmediato. Mientras lo hacía, Amin dijo:

—Tengo entendido que usted habló algo acerca de ayudarnos, Mickar.

—Voy a ver si ayudo en primer lugar a mi planeta —contestó el joven sibilinamente—. Pero no puedo hacer muchas cosas si carezco de casa.

—Se la reconstruiremos —prometió Amin.

—Y luego está el asunto de los billetes falsos.

Amin reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Buscaremos a Shadd y nos infiltraremos en su mente, para hacerle ver que ha soñado y que retire su denuncia.

—No, basta con que no encuentren billetes falsos. Al no haber pruebas, no podrán acusarme.

—Está bien. ¿Qué hacemos entonces?

—En primer lugar, lo que ha dicho antes —contestó el joven—. Reconstruyan mi casa.

—¿Y después?

—Esperaremos.

—¿A qué esperaremos? —preguntó Lfad, que entraba en aquellos momentos.

—A qué, no; a quién. Aguardaremos a que venga Lysica.

Lfad hizo una mueca de desdén.

—¿Nos toma por tontos? A estas horas está ya camino de Kéeg; usted mismo lo dijo. Amin, lo mejor es que nos demos prisa y tratemos de darle alcance.

Amin vaciló.

—¿Qué harán para detenerla? —preguntó Mickar—. La otra vez consiguieron averiarle los sistemas de propulsión interestelar.

—Le lanzamos un torpedo —dijo Lfad.

—¿Querían matarla?

—Si lo hubiéramos deseado, ya estaría muerta. Lo que queremos es el mensaje de que ella es portadora.

—Bueno, si no van a matarla cuando la vean... les dejaré que hablen con ella a su regreso.

Lfad se llevó una mano a la frente.

—¡No volverá nunca! —gruñó—. ¿Cómo podría yo meterle esa idea en la cabeza? Amin, tenemos que partir cuanto antes o habremos perdido el tiempo.

Amin continuaba irresoluto.

—Usted tiene un plan, señor Mickar —dijo.

—Sí —admitió el joven.

—Ha dicho que debemos esperar la vuelta de Lysica.

—Sí.

—¡Pero puede tardar meses, años...! —barbotó Lfad.

—Lysica no tardará ni cuatro días —aseguró Mickar rotundamente—. Su nave es muy veloz. ¿Creen que un retraso de cuatro días significaría demasiado en la persecución de Lysica?

Amin se mordió los labios. Después dijo:

—Está bien. Podemos perder cuatro días. Pero ni uno más, ¿estamos?

—Si pasado ese plazo no ha vuelto Lysica, estimaré correcto que salgan a perseguirla —declaró Mickar—. Pero, créanme, volverá... a mi casa.

El joven sonrió a la vez que extendía la mano con gesto invitador.

—¿Tiene la bondad de reconstruirme la casa? —rogó.

* * *

Lfad se paseaba arriba y abajo como un león enjaulado. Amin contemplaba un programa de televisión. —Será mejor que se tome una copa —sugirió Mickar—. Tiene usted los nervios a punto de explotar, Lfad.

—¡Es que han pasado ya tres días y Lysica no ha aparecido! Amin, te digo que esa chica se ha largado a Kéeg...

—Todavía faltan veinticuatro horas —dijo el joven con tono pacienzudo—. No se queme la sangre en balde, Lfad.

Mickar preparó tres copas y sirvió a sus huéspedes. Amin paladeó la suya y luego hizo un gesto apreciativo.

—Está bueno —dijo.

—Es bueno en dosis moderadas —sonrió Mickar—. Lo malo es cuando se bebe en demasía...

Lfad vació la suya de un trago.

—¡Brrr...! —gruñó—. No sé cómo a ustedes, los terrestres, pueden gustarles estas porquerías...

—Amigo Lfad —dijo Mickar sin inmutarse—, puede que, al cabo de unos años, ustedes acaben plantando viñas en Marte. Será cosa de probar el vino marciano entonces.

—¿Cómo sabe que plantaremos viñas... u otros vegetales? —preguntó Amin.

Mickar contempló sonriendo el fondo de su copa.

—Marte no se puede comparar con la Tierra, pero me da en la nariz que es mucho mejor que Samaroo. ¿Me equivoco?

Amin hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cuántos habitantes tiene Samaroo? —preguntó Mickar.

—Pocos. Apenas veinte millones. La supervivencia se hace cada vez más difícil.

—¿No hay nacimientos?

—Muy escasos. Menos de la décima parte de un uno por ciento anual.

—Es decir, menos de diez mil nacimientos por año.

—Sí.

—¿Y las defunciones?

—Superarían a los nacimientos, de no ser por los adelantos de nuestra medicina. Pero tenemos el problema de la emigración a otros planetas...

—Lo que, poco a poco, va despoblando a Samaroo.

—Sí, en efecto.

—Y ustedes quieren despoblar Samaroo de una vez, pero estableciéndose como grupo humano en Marte.

—Así es —confirmó Amin.

—Lo que pasa es que los Sbarrygls han tenido la misma idea, ya que se encuentran en idénticas circunstancias y ustedes les disputan el suelo de Marte.

Amin apretó los labios.

Su silencio era una prueba afirmativa en favor de Mickar.

—¿Cuántos son los Sbarrygls? —preguntó el joven.

—El doble, aproximadamente.

—Sesenta millones —murmuró Mickar—. Marte podría contener, sin dificultad, una cifra cien veces superior. La estrella envejecida que les alumbra, ¿tiene alguna influencia en la fertilidad de los matrimonios?

—En efecto, así es.

—El sol, a veces, está a más de trescientos millones de kilómetros de Marte. En la Tierra, la distancia media es de unos ciento cincuenta millones de kilómetros.

—Pero el Sol es una estrella amarilla, muy joven todavía. Sus radiaciones, aunque emitidas a la distancia que usted ha mencionado, harían aumentar el número de nacimientos de los Hüuthis.

—Y de Sbarrygls.

—¡No, sólo de Hüuthis! —exclamó Lfad hoscamente.

Mickar se volvió hacia el individuo.

—Temo, amigo mío, que si sigue opinando de esa manera, habrá de volver fracasado a su planeta —dijo.

—¿Cómo se atreve a...?

Amin extendió una mano.

—Lfad, tienes que aprender a respetar las opiniones de los demás y ser un poco más dúctil y comprensivo —dijo—. ¿Por qué no te vas a acostar?

—¿Crees que podré dormir? —refunfuñó el irritado sujeto.

—Inténtelo —dijo Mickar sonriendo.

Amin se puso en pie.

—Yo también me voy a dormir —manifestó—. Gracias por su hospitalidad, señor Mickar..., pero, recuerde, ya sólo quedan veinticuatro horas de tiempo.

—No lo olvido —contestó el joven sin inmutarse.

* * *

Una sombra se deslizó sigilosamente por el jardín. Llegó a una de las ventanas de la casa y miró con gran cautela a través de los vidrios.

—Es inútil que busques ahí adentro, Lysica —dijo de pronto una voz—. Estoy aquí.

Lysica exhaló un gritito de susto.

—¡Red!

—El mismo. —Mickar agarró el brazo de la joven—. Vamos, entra.

Mickar condujo a Lysica a la sala y preparó una copa.

—Como tú no bebes... —sonrió—. ¿Qué tal el viaje? ¿Tienes arreglada ya la nave?

—Sí —Lysica estaba inusitadamente seria—. Kufov hizo que me la reparasen inmediatamente. Pero me he visto obligada a volver a tu planeta.

—Lo sabía —dijo él—. Sabía que volverías, Lysica.

—Entonces, si lo sabías, devuélveme el mensaje.

Mickar meneó la cabeza.

—No —contestó.

Lysica se encrespó.

—Red, te aprecio mucho y me disgustaría tener que recurrir a

procedimientos extremos para recuperar el mensaje, pero lo haré sin lugar a dudas si te resistes a devolvérmelo de buen grado.

Mickar se sentó en un sillón. Con la copa en la mano, fijó la vista en la muchacha.

—Ponte cómoda —indicó—. Hablaremos mejor sentados, querida.

Ella obedeció de mala gana.

—¿Dónde está el mensaje? —insistió.

—Lo tengo yo, naturalmente. Pero antes de devolvértelo habrás de escuchar mis condiciones.

—No hay condiciones —denegó Lysica—. Llevaré el mensaje a Kéeg por encima de todo...

—Suponiendo que lo encuentres, claro está.

Lysica se quedó parada.

—Puedo forzarte a que me digas dónde lo escondes —amenazó.

—En tal caso —aseguró él solemnemente —, desde aquí afirmo que vuestros proyectos de colonización marciana quedarán frustrados y que habréis de vivir en Kéeg hasta la total extinción de vuestra raza.

CAPÍTULO XIV

Lysica guardó silencio unos momentos.

Reflexionaba. Mickar se dio cuenta de ello y esperó.

—¿Qué harás para impedirlo? —preguntó al fin la muchacha.

—Divulgarlo —contestó él—. Divulgar vuestros proyectas y levantar la opinión pública terrestre. Puede que tengáis mejores armas, pero somos diez mil millones de personas. Os aplastaríamos.

Lysica se estremeció.

—Sería una lucha terrible —dijo.

—Sí.

—Y nosotros tratamos de evitar todo conflicto...

—Salvo con los Hüuthis.

—Nosotros descubrimos a Marte antes que ellos...

Mickar soltó una risita.

—¿Quién descubrió a Marte antes que vosotros?

Lysica enrojeció vivamente.

—Bueno, pero los terrestres no habéis adelantado prácticamente nada —contestó—. Vuestras colonias son pocas, escasas y, en lo tecnológico, terriblemente retrasadas con respecto a nosotros.

—Eso no importa —contestó Mickar—. Lo realmente importante es que, a vuestra llegada, había ya una raza con inteligencia en este sistema estelar y que esa raza había iniciado ya la conquista de los planetas vecinos. Por tanto, vuestro deber era respetar nuestros logros.

—No os hemos dañado ni interferido...

—Pero os habéis introducido allí solapadamente, ocultándoos bajo vuestros sistemas antidetección y evitando ser vistos en todo momento. Incluso, a fin de obtener suministros que ni vosotros

mismos podías lograr en Marte, habíais abierto delegaciones en la Tierra, agencias bien provistas de fondos…

Lysica guardaba silencio.

Implacable, Mickar continuó:

—Personalmente, no me importa que os establezcáis en Marte. Conozco vuestra ansia por sobrevivir, pero ello no debe impedir que otros hagan lo mismo. Los Hüuthis, por ejemplo.

—¡No, ellos nunca…!

—¿Por qué tienes tanta antipatía a los Hüuthis? Son igual que vosotros, los Sbarrygls…

—¿Es que no lo ves? ¡Tienen la piel de color marrón!

Lysica hizo un gesto de desprecio.

—Son seres inferiores —agregó.

—Me defraudas —dijo Mickar—. Vuélvete.

—¿Cómo? —La muchacha saltó en su asiento.

—Vuélvete, he dicho. Empiezo a creer que la razón está de parte de los Hüuthis.

—Hubo un tiempo en que me defendías con todas tus fuerzas.

—A mí me parece que eso ocurrió hace mil año»

—Entonces… —dijo ella con voz débil—, ¿no me devuelves el mensaje?

—No.

—Puedo arrancártelo por la fuerza.

—Es probable. Pero ello no mejorará tu posición, vuestra posición. Los terrestres se encresparían si supieran que unos seres extraplanetarios quieren arrebatarles a Marte. La cosa se os pondría dura, muy dura; y al final, acabaríais siendo derrotados.

Lysica pareció reflexionar acerca de aquellas palabras.

—Pero es que vivir en Marte con los Hüuthis… —dijo, en tono lamentoso.

—No es necesario que os establezcáis en el mismo sitio. Además, ¿tan atrasados son? Yo los veo con tantos conocimientos como vosotros. La piel, como has podido apreciar, no interfiere la inteligencia.

—Son muchos años de prejuicios, compréndelo.

—Lo sé; y no pretenderé que los deseches en un minuto. También en la Tierra tuvimos esos problemas, y aún subsisten en algunos puntos; pero nos esforzamos por eliminarlos gradualmente.

El color de la piel es una cosa meramente externa; es el interior del individuo lo que cuenta.

—Está bien —dijo Lysica—. ¿Qué pretendes, Red?

—¿Qué extensión mide el trozo colonizado de Marte por vosotros?

—En cifras redondas unos veintisiete kilómetros cuadrados.

—Eso equivale a una zona de seis kilómetros de longitud por casi cinco de anchura.

—Las medidas son cuatro por siete..., bueno, no llega a los siete kilómetros de longitud.

—La cúpula, en tal caso, no es hemisférica.

—No, pero eso no importa. Está sostenida por arcos de fuerza que, al mismo tiempo, le proporcionan la invisibilidad deseada, sin por ello perder la recepción de los rayos solares.

—Hay un inconveniente —dijo él—, y es que, en ocasiones. Marte se encuentra a más de trescientos millones de kilómetros del Sol.

—Tenemos en estudio un proyecto de fabricarnos un pequeño sol, que aumente la dosis de luz y calor en Marte —manifestó Lysica.

Mickar se quedó enormemente asombrado.

—¿Fabricar... un sol? —repitió.

—Sí. Remolcaremos un asteroide y lo pondremos en órbita en torno a Marte. Entonces, lo haremos arder... por procedimientos que vosotros llamaríais nucleares. Con un asteroide de cuatro o cinco kilómetros de diámetro y a unos mil kilómetros del suelo, tendríamos sol para diez o doce siglos.

—Y luego vuelta a empezar.

—Sí, porque además...

—Además, ¿*qué*? —preguntó Mickar, viendo que ella se interrumpía.

—Un día, cuando gran parte de la superficie marciana esté habitada, haremos que las cúpulas sean innecesarias.

—Daréis atmósfera al planeta.

—Sí, ése es nuestro propósito.

—Un proyecto colosal —murmuró él.

—En efecto, pero realizable. Por eso quiero llevar el mensaje a Kéeg cuanto antes. Es el informe de la labor realizada e influirá

decisivamente en nuestro gobierno para que apruebe la emigración masiva a Marte.

—Me parece muy bien —dijo Mickar—. Es probable que nosotros también hiciéramos lo mismo, de hallarnos en vuestras condiciones. Pero habéis olvidado un detalle importantísimo.

—¿Cuál, Red?

—Simplemente, no habéis contado con nosotros.

—No sois los dueños de Marte…

—¿Lo sois vosotros?

Lysica se mordió los labios.

—Tú no tienes autoridad aquí —dijo.

Mickar sonrió.

—¿Te has preguntado alguna vez qué es lo que hago yo?

—Eres escritor.

—Y, además, pertenezco a cierto Departamento de Investigación, que anda ya hace mucho tiempo tras la pista de unos extraños fenómenos que se producen en el cielo de nuestro planeta, sin que hasta ahora, hayamos tenido una explicación convincente de sus causas.

—Trabajas para el gobierno —dijo ella, despechada.

—A ratos —sonrió Mickar.

—Y… ¿y saben todo… lo que ha pasado?

—Sí.

Lysica se desplomó en su sillón.

—Entonces, hemos fracasado —exclamó acongojadamente.

—No, si os sometéis a nuestras condiciones —dijo Mickar.

—¿Cuáles son, Red?

—Diciéndolo en breves palabras, reparto de Marte. También nosotros tenemos ya agobios de espacio. Pero con vuestra ayuda tecnológica, mucho más avanzada que la nuestra, podremos lograr la habitabilidad del planeta en un plazo infinitamente más reducido.

Lysica reflexionó unos momentos.

Luego dijo:

—Red, no puedo prometerte nada, pero creo que mi gobierno acabará aceptando vuestras condiciones. Los Hüuthis, sin embargo, deben quedar excluidos del pacto.

Mickar no se inmutó.

—En ese caso, vuelve e informa a Kufov que no toleraremos que os instaléis allí. Emplearemos todos los medios para expulsaros de Marte y obligaros a regresar a Kéeg.

Los ojos de Lysica centellearon.

—¿Es ésa tu última palabra, Red?

—Sí —contestó él tajantemente.

La muchacha se puso en pie.

—Entonces, no tenemos más que hablar —dijo—. Adiós, Red.

—Adiós, Lysica.

Instantes después, Lysica había desaparecido.

* * *

Lfad lanzó una exclamación de rabia.

—¡Maldita sea! ¡Ha dejado que se escapase! —gritó.

—En efecto —admitió Mickar sin inmutarse.

—Nos prometió que hablaríamos con ella...

—Cuando ella esté dispuesta a negociar.

—¡Los Sbarrygls no negociarán jamás con nosotros! ¡Nos odian! —chilló Lfad.

—¿Por la piel?

—Hay otros factores que es preciso tener en cuenta —intervino Amin, más sosegado que su compañero—. Siempre existió rivalidad entre nuestros mundos y no sólo por el color de la piel.

—¿Política? —sugirió Mickar.

—Y economía.

—Todo ello, derivado de las penosas condiciones ecológicas de vuestros planetas.

—Sí. —Amin meneó la cabeza—. Hemos sido demasiado intransigentes los unos con los otros —confesó.

—Y ahora que tendríais necesidad de una colaboración mutua, franca y leal, surgen las antiguas rivalidades, que os llevarán a un conflicto tal vez exterminador.

Amin guardó silencio.

—Sí, los exterminaremos si es preciso —exclamó Lfad—. Ellos dicen haber llegado a Marte antes que nosotros, pero es incierto. Nosotros fuimos los primeros que...

—Usted incide en el mismo error que Lysica —dijo Mickar—.

¿Qué me dice de los terrestres? Y aunque hubieran llegado antes que los Sbarrygls, ¿han desarrollado su zona piloto de colonización tan bien como ellos? ¿No buscan arrebatar el mensaje que Lysica debía llevar a su gobierno, para conocer todos los adelantos conseguidos por ellos en Marte?

—El señor Mickar tiene razón —habló Amin sensatamente—. Yo creo que se podría intentar una colaboración.

—¡No, jamás! —exclamó el intolerante Lfad—. Nunca permitiré que nadie colabore con esos miserables. Y en cuanto a usted, Mickar, nos ha engañado una vez, pero no lo repetirá.

El joven se alarmó.

—¡Eh! ¿Qué es lo que pretende usted? —gruñó.

Lfad dio un paso hacia atrás. Su mano derecha se posó sobre el cinturón.

—Voy a matarle —anunció.

—¡Está loco! —gritó Mickar, aterrado.

De repente, Amin estiró la mano derecha. Tenía en ella un tubo parecido a un lápiz, del que brotó una raya luminosa de gran intensidad.

Lfad se quedó quieto en el acto, convertido en una estatua.

Mickar tenía la boca abierta de par en par.

—¡Lo ha matado! —exclamó.

Amin hizo un movimiento negativo.

—No. Sólo lo he paralizado, temporalmente —contestó—. Ahora lo enviaré a la nave y lo retendré allí el tiempo que sea necesario. Señor Mickar, he reflexionado mucho sobre sus palabras y creo que es preciso que todos colaboremos en la colonización de Marte.

El joven sonrió.

—Por ahí se empieza, amigo —dijo.—. Pasados los años, ya los verá, no habrá más que una sola raza en Marte, aunque sus ascendientes procedan de tres planetas distintos.

—Una sola raza —musitó Amin—. Marcianos.

—Exactamente —corroboró Mickar.

Hubo un momento de silencio. Luego, Amin dijo:

—Voy a llevar a Lfad a la nave. Volveré en otro momento, señor Mickar.

—Red para los amigos —sonrió el joven—. Ah, procure modificar la opinión de su compañero. Es preciso que empiece

desde ahora a habituarse a pensar en… en marciano.

Amin sonrió.

—Haré lo que pueda —prometió.

* * *

Estaba en la playa, tostándose al sol.

Había mucha gente como él. Mickar miraba al cielo de cuando en cuando.

Aquel sol alumbraba también a Marte, aunque con menor intensidad. No obstante, las condiciones de vida cambiarían en el cuarto planeta cuando se hubiese conseguido hacer incandescente el asteroide que dentro de pocos años orbitaria en torno a Marte.

Con los ojos de la imaginación, Mickar vio extensas praderas, frondosos bosques, ríos caudalosos, lagos primero, luego mares; grandes y populosas ciudades, civilización, en suma.

El sistema solar contaría con dos mundos habitados. Sbarrygls y Hüuthis acabarían por olvidar sus diferencias. Los terrestres serían una especie de nexo de unión entre ambas razas.

Al cabo de los siglos, las tres razas se habrían unido en una sola: la marciana. Un día, muy lejano todavía. Marte se haría pequeño para sus habitantes, como la Tierra empezaba a serlo ya, pero entonces el descubrimiento y exploración de otros planetas resultaría asombrosamente fácil y rápido.

Pero antes habría que desterrar prejuicios y fanatismos. Costaría trabajo; ¿no había costado y costaba todavía en la Tierra? El tiempo y la comprensión y el luchar por un objetivo común serían los elementos que, al fin, conseguirían la integración final.

Alguien se sentó de pronto a su lado. Mickar no reparó de momento en el individuo.

Llevaba gafas oscuras y tenía puesto un bañador, como la mayoría de los que estaban en la playa. El individuo pronunció de repente su nombre:

—Mickar.

El joven volvió la cabeza.

Se estremeció.

—Lfad —dijo.

—El mismo. Voy a matarle.

—¿No ha abandonado sus tristes opiniones?

—Jamás cambiaré de modo de pensar, Mickar.

—Ello no mejorará la situación de los Hüuthis. Si me mata, mi gobierno lo sabrá. No habrá, entonces, Marte para los Hüuthis.

Lfad no se dejó impresionar por aquellas palabras.

—Somos menos, pero más poderosos. Les derrotaríamos, en caso necesario.

—El hundimiento de más de una nación se ha debido al hecho de que sus gobernantes, y también el pueblo, se creyeron invencibles. La caída fue así infinitamente más dura. Si usted me mata, condenará a la extinción total a los Hüuthis.

—Palabras, palabras. —dijo Lfad burlonamente. De pronto, enseñó algo que tenía en la mano—. ¿Ve eso? Convierte en gas instantáneamente a las personas. En unos segundos, el individuo se confunde con la atmósfera.

Mickar no perdió la serenidad.

—Está bien, ande, dispare ese cacharro. Veinte millones de Hüuthis le maldecirán un día. Los niños que no nacerán serán una constante acusación muda contra usted mientras viva. Cuando sus compatriotas agonicen sobre la árida superficie de su planeta natal, le maldecirán a usted y maldecirán a todos sus descendientes, si los tiene. ¿Por qué no dispara ya?

Lfad estaba loco de rabia. Su mano se crispó en torno al tubo. Mickar se preparó para la muerte.

De repente, Lfad empezó a convertirse en gas.

Durante una fracción de segundo, Mickar vio la horrible expresión de su rostro al darse cuenta de lo irremediable de su suerte. Después, aquella cara desapareció convertida en humo, que bien pronto fue disipado por una ráfaga de brisa marina.

Un hombre se acercó caminando lentamente hasta el asombrado Mickar. Los espectadores más cercanos no se habían dado cuenta del suceso.

—Celebro haber llegado a tiempo —dijo Amin.

—No hay duda de que su intervención ha sido de lo más oportuna —contestó el joven sonriendo—. Gracias, Amin.

—Lfad se me escapó. Lo siento.

—Informe a su gobierno. Es preciso eliminar los fanatismos.

—Sí, Red, pero ¿los eliminarán también ellos?

Mickar sonrió.

—No les quedará otro remedio —contestó.

—¿Sabe algo de Lysica?

—Todavía no, pero espero verla muy pronto, Amin. Mañana vuelvo a casa. Vaya a verme.

—Iré —prometió el Hüuthi.

* * *

Silbando alegremente, Mickar llenó una copa y se dispuso a tomársela. Detrás de él, una voz dijo:

—Ponme a mí también. Red.

El joven disimuló su alegría.

—Creí que no te gustaba el alcohol —dijo.

—Hemos plantado algunas viñas en Marte —contestó Lysica.

—Ah...

Mickar se volvió con las copas en la mano. Lysica pegó un chillido:

—¡Eres un Hüuthi!

El joven se echó a reír.

—¿Lo ves, tontita? No es más que cuestión de color de piel. He estado dos semanas en la playa y me he tostado a conciencia.

—¡Uf, qué alivio! —dijo Lysica, cogiendo la copa.

—¿Y si fuera un Hüuthi auténtico?

Lysica se mordió los labios.

—Tendría... tendría que empezar a acostumbrarme —dijo de mala gana.

—Me alegro que empieces a pensar así —sonrió él. Chocó su copa con la de Lysica—. Por la nueva raza.

—¿Nueva raza? —repitió ella, extrañada.

—Sí, la que resultará un día de la fusión de tres distintas: terrestre, Sbarrygl y Hüuthi. Las gentes de los tres planetas habitarán Marte y un día serán marcianos, simplemente.

—Das por sentada nuestra respuesta afirmativa a vuestras pretensiones —dijo Lysica.

—Tenéis mucho interés en estableceros en Marte, ¿verdad?

Lysica suspiró.

—Sí, es cierto —respondió.

—En ese caso, te daré el mensaje para que lo entregues... a otro mensajero.

—¡Tengo que llevarlo yo! —se escandalizó Lysica.

—Irá otro. Tú te quedas aquí... y si no, no hay trato.

—Kufov pondrá el grito en el cielo.

—Cuando se quede ronco, que haga gárgaras —sonrió Mickar—. Envíale un mensaje, dile que no puedes ir y que nombre a otro mensajero para llevar la grabación. Kufov accederá.

Lysica desarrugó el ceño y sonrió.

—Está bien, me quedaré aquí. Pero ¿cómo te apoderaste de la grabación?

—Lo hice mientras tú preparabas café en la nave, después de haber escapado del despacho de Shadd.

—Eres un tipo listo —dijo ella.

—Sí, Lysica.

—¿Dónde están Amin y Lfad?

—Lfad ha muerto. Amin vendrá pronto. Los Hüuthis aceptarán nuestras condiciones.

—A Kufov le parecieron buenas. No quiere conflictos, sobre todo, ahora que ya se conoce nuestra existencia.

—¿Lo ves? —sonrió él.

—Todavía no me has dicho dónde está la grabación. Ahora que ya te traigo la respuesta de Kufov...

Mickar se levantó la pernera derecha del pantalón y despegó una tira de esparadrapo que tenía sujeta a la pantorrilla. La cinta adhesiva cubría el hilo grabado.

—No es mala idea —sonrió ella—. A mí no se me habría ocurrido jamás.

—Yo no podía operarme, como Kufov lo hizo contigo —respondió él—. Pero el sistema es bueno.

—Sí, ya lo veo. Enviaré un despacho a Kufov para que envíe a otro a Kéeg.

—Y tú te quedarás aquí, en la Tierra.

—No es tan mal planeta como parece.

—Sobre todo, estando yo.

Callaron un momento, mientras se contemplaban sonrientes. Luego, sin prisas, Mickar cogió ambas copas y las dejó sobre una mesa.

Se acercó a la muchacha y rodeó su talle con los brazos.

—No te arrepentirás de haberte quedado aquí —dijo.

—Nunca, Red. A propósito, ¿cuál es tu nombre completo?

—¿Me prometes no decírselo a nadie?

—Desde luego.

—Mi padre, todavía vive, por fortuna, es un hombre de un humor envidiable. Él me puso el nombre: Redarindus.

—¡Qué horror! Lo dejaremos en Red, ¿no te parece?

Alguien habló en aquel momento desde la puerta.

—¿Interrumpo? —preguntó Amin.

—No —contestó Mickar—. Precisamente iba a decirle a Lysica una cosa.

—¿Sí? —preguntó ella—. ¿Qué es, Red?

—Mañana habrá marcianos.

Amin sonrió.

—Una frase enteramente adecuada —calificó—. Los que vivan en Marte, procedan de donde procedan, sólo serán marcianos.

FIN

Próximo número:

UN DÍA DESPUÉS

Johnny Garland

Un día después,
sólo un día después,
puede ser demasiado
tarde,
en el tiempo de las
galaxias.

Otros títulos recientes del mismo autor:

REVÓLVER ARDIENTE (Casey Mendoza)
Colección Sioux n.° 48

EL DESTINO DE GUY BALL (Clark Carrados)
Colección Hazañas Bélicas n.° 684

IMPULSIÓN (Clark Carrados)
Colección Espacio n.° 463

Próximo número:

ENSAYO PARA UNA INVASIÓN

por

LOUIS G. MILK

Una operación tan gigantesca como la conquista del planeta no se podía llevar a cabo in hacer antes una prueba previa. Por eso, los estraños establecidos en aquella pequeña ciudad…

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espias.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

